

# LA PROTESTA

PORTE  
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VI  
N.º 282

BUENOS AIRES, ABRIL 16 DE 1928

El ejemplar  
20 Cts.



## SUMARIO DE ESTE NUMERO:

D. A. DE SANTILLAN: Sobre el fascismo. Aclaraciones y Observaciones—LUIGI FABBRI: La posición del anarquismo frente a la democracia—RUDOLF ROCKER: El despertar de los pueblos asiáticos—E. MALATESTA: Evolución del anarquismo—MAX NETTLAU: En recuerdo de Voltairine de Cleyre, anarquista americana (1866-1912)—RAFAEL BARRETT: La cuestión social—PAUL RECLUS: Recuerdos sobre los Reclus—L. BONAFOUX: Hojas secas—Teatro: El juego del amor y de la muerte, de Romain Rolland. Bibliografía



D. A. DE SANTILLAN

## Sobre el fascismo. Aclaraciones y observaciones

El compañero Aldo Aguzzi nos dedica un artículo en la revista afín "Humanidad" con motivo de algunas consideraciones que habíamos hecho sobre el fascismo en números anteriores de esta revista. Esa divergencia de apreciación, más que a una polémica, nos lleva a exponer ciertas aclaraciones para justificar los juicios en cuestión.

En resumen, nosotros afirmamos que los anarquistas, si es verdad que se habían o nos habíamos comportado prácticamente frente al fenómeno fascista con una intransigencia instintiva salvadora, en cambio no hemos logrado desarrollar una corriente de pensamiento lo suficiente fuerte y sugestiva como para convertirse en el foco de atracción de todas las fuerzas del progreso. Aguzzi dice que sí y que la anarquía lo es. Sin embargo habría debido decirse que la anarquía implica ese antifascismo, como implica muchas otras aplicaciones a los fenómenos nuevos y viejos de la vida. Es justamente la convicción de la exacitud de la anarquía y de su capacidad para resolver mejor que ninguna otra corriente todos los problemas morales, políticos y sociales y la constatación de nuestra incapacidad para esgrimir debidamente ese magnífico instrumento, lo que nos lleva a conclusiones un tanto tristes y hasta, en ciertos momentos, desesperadas.

Aguzzi incurre en el error que hemos podido comprobar en muchos compañeros italianos: el error de ver en el fascismo algo específicamente italiano, el mero triunfo de las bandas de Mussolini. Es posible que por efecto de esa restricción del gran acontecimiento de la post-guerra, la visión del problema haya sido un tanto dañada en los que examinan el fascismo desde el punto de vista italiano, y traten por consiguiente de mermar su transcendencia y de desconocer sus hondas raíces.

Para nosotros el fascismo no es sólo un fenómeno italiano específico, ni se reduce a las milicias fascistas. Nosotros vemos el fascismo incluso en buena parte del antifascismo, no sólo en el antifascismo de ciertos restos de la burguesía liberal, sino también en el antifascismo proletario. ¿Qué otra cosa que fascismo hay en la idea autoritaria extrema de la dictadura del proletariado?

Lo que hay de específicamente italiano en el fascismo, es el nombre; con esa palabra se ha calificado una época, la época de la post-guerra. Pero el hecho de haber dado el nombre, no quiere decir que fuera de Italia y antes que en Italia, no se haya manifestado el mismo fenómeno. En la Argentina misma hemos tenido, antes que los fascios de Mus-

solini pasaran directamente al servicio de la reacción, el intento de las guardias blancas de 1919. La tentativa no prosperó, no porque haya faltado la intención de llegar a lo que llegó más tarde Mussolini, sino porque las condiciones populares no eran las mismas que en Italia, donde la guerra no había pasado en vano. En 1919-21, si el fascismo carlesiano hubiese querido avanzar seriamente, tal vez hubiera llevado la peor parte y entonces, en lugar de la reacción, habríamos podido tener la revolución.

¿No fué en Alemania en 1918-20 la socialdemocracia la que realizó la función del fascismo, con dictadura, con asesinatos a diestro y siniestro? El ensañamiento antirrevolucionario de la socialdemocracia era fascismo puro. Y algo por el estilo podemos decir de cada país; en una forma o en otra, la revolución ha sido sofocada, pisoteada, borrada por el terror y la muerte de las preocupaciones primordiales del proletariado. Eso es el fascismo: la lucha contra la revolución, el suscitamiento de energías al servicio de la reacción, la transformación de gran parte de la burguesía en factor activo y militante al servicio de su causa de explotación y de dominación.

Para nosotros Mussolini no es el creador del fascismo, ni del fenómeno italiano ni del fenómeno internacional a que nosotros nos referimos. No sin razón se le acusó por algunos fascistas caídos en desgracia, de haberse aprovechado de un movimiento que se había formado sin él, de un movimiento nacionalista un tanto enmascarado al comienzo de liberalismo. El movimiento nacionalista de que surgió el fascismo italiano había comenzado en algunos grupos de intelectuales antes de la guerra; se fortificó con ésta y fué extraordinariamente favorecido por las circunstancias de la post-guerra. Se sabe bien que Mussolini, hasta último momento, cuando tomó en sus manos la orientación de los fascistas, defendía un republicanismo que a veces tenía notas bastante subversivas. Y en ocasión de la marcha sobre Roma, no todos los fascistas advirtieron que había un acuerdo previo entre la monarquía y el aventurero de Predappio; los más creyeron que se trataba de la conquista del poder para la proclamación de la república. Ese hecho nos afirma en nuestro juicio de que Mussolini no es el creador del fascismo, de que el fascismo existía antes de Mussolini; Mussolini ha sido un aprovechador hábil del movimiento fascista, el cual a su vez fué transformado en el factor visible de la reacción que conocemos. Ya hemos mencionado el caso de Alemania donde

el factor visible de la reacción fué la socialdemocracia, y mencionamos el caso de Rusia donde la reacción fué encarnada por los bolchevistas. Todo eso tiene un denominador común, que es el fenómeno de progresión de la post-guerra que se llama en todos los países fascismo.

El que ha vivido en Europa un poco en contacto con los revolucionarios italianos emigrados, habrá podido notar, como lo hemos notado nosotros, que para la gran mayoría de ellos, el fascismo no es más que de Italia y dentro de Italia, de las bandas mussolinianas. Nos hemos mostrado siempre un tanto escépticos y hemos echado algún jarro de agua fría sobre los fáciles entusiasmos de los impacientes que veían todos los días síntomas de la descomposición del fascismo. Los años que transcurren vienen a darnos la razón, y las reflexiones sobre la esencia de ese fenómeno único por su intensidad en los anales de la reacción, nos explican las causas de la persistencia del fascismo.

También nosotros nos dejamos llevar a veces — el desco es padre del pensamiento — por esas ilusiones fáciles; pero tratamos de reprimirlas en lo posible, puesto que no conducen más que a decepciones amargas. El fascismo tiene hondas raíces en la vida mental contemporánea y por eso nosotros quisiéramos que se encarase la lucha contra él de una manera más amplia; la lucha directa, como la proyectada por Ricciotti Garibaldi, era más bien un alimento que un ensayo de destrucción del fascismo. Nosotros quisiéramos que se comenzase por atacar sus causas, por herirle en sus raíces, que están en la mentalidad nacionalista y autoritaria suscitada en las grandes masas por la última guerra y por una educación sistemática del estatismo. En esa acción sobre los espíritus tenemos más fe que en los sueños de lucha cuerpo a cuerpo contra alguna banda de mercenarios. Con esto no descartamos un factor que puede ser determinante: el imprevisto. Un Lucetti podía haber cambiado la faz política del mundo con su sacrificio, no por sus consecuencias directas, la muerte de Mussolini, sino por sus consecuencias indirectas, el efecto moral, el resurgimiento a una nueva vida y a la contemplación de nuevos horizontes en las grandes masas del pueblo. No hace mucho que nos ilusionábamos nosotros con la probabilidad de una caída de la dictadura militar en Portugal; nos figurábamos que los efectos de esa caída podrían repercutir intensamente en España y determinar la caída de Primo de Rivera; y que ese descalabro de la reacción en la península ibérica sería capaz de alentar a los opositores italianos del fascismo y de originar en las propias filas fascistas un desaliento y luego el sacudimiento de todo el sistema de violencia y de terror. ¿Era esta una ilusión? Posiblemente. Pero nosotros no queremos excluir el factor imprevisto en la vida política, aunque tampoco deseamos edificar sobre castillos de naipes.

También entre los compañeros italianos hay quienes ven algo más allá; nosotros hemos transcrito en el diario artículos de Fabbri y de Damiani que insistían en denunciar a Londres, a New York y a los grandes centros financieros como factores más im-

portantes en el sostenimiento del fascismo italiano que las mismas bandas de Mussolini.

En resumen: nos parece que incluso desde el punto de vista de la propaganda contra el fascismo italiano, no convendría restringir el fenómeno a Italia; pero a parte de esta razón tenemos la constatación innegable de la manifestación internacional de esa forma de regresión política, moral y social.

Al hablar de la necesidad de una corriente intelectual contra el fascismo, no nos referimos solamente a libros, sino también a artículos de periódicos, a esa obra de penetración ideal en la escuela, en el ambiente social, en las conversaciones de todos los días, etc. No sólo se llevan mediante el libro las batallas en el terreno intelectual y moral; hay otros vehículos, como ser el arte, la literatura, la pedagogía, la prensa en general, etc. Y recordamos, por ejemplo, lo que hemos recordado tantas veces: en la época brillante de los Reclus, de los Kropotkin y otros tantos, se advertían rastros de la influencia de la anarquía en infinidad de manifestaciones de la vida. Aquí mismo se ha tenido un momento, en la época de las grandiosas conferencias de Pietro Gori, en que para los elementos intelectuales era un especie de moda la simpatía hacia el anarquismo. ¿No vemos cómo el teatro argentino ha sufrido la influencia de sus más destacados creadores y cultores, que a su vez estaban influenciados por el anarquismo o eran anarquistas? Reconozcamos que en ese aspecto hemos perdido mucha influencia y que, por falta de elementos de gran capacidad, nuestro campo de acción se ha restringido y por muchas posibilidades que entraña la doctrina de la anarquía, no sabemos ni podemos aprovecharlas, como aquel que dispone de un excelente instrumento de trabajo y no sabe hacer uso de él.

Volvemos a lamentarnos sobre la gran pobreza intelectual de los anarquistas; no solamente no hacemos bastante contra el fascismo, sino que ni siquiera hacemos bastante por la anarquía. La anarquía no es un sistema hecho y derecho, no es una máquina a la cual sólo hace falta imprimir un pequeño movimiento para que funcione indefinidamente. La anarquía requiere un esfuerzo continuo de la inteligencia de cada uno, para su comprensión y para su aplicación a los problemas que se presentan a cada instante en la vida diaria. Hemos dicho que nos falta todo por hacer para crear una corriente intelectual adversa al fascismo y reafirmamos ese juicio, porque vemos cómo cada día hace más prosélitos la reacción y pierde más simpatizantes la idea de la libertad y del progreso.

No está todo hecho con decir que somos anarquistas; con eso no se hace nada; para combatir intelectualmente al fascismo, a la doctrina fascista, que es la doctrina del nacionalismo, no basta la repetición de algunas frases hechas; hay que hacer todo un trabajo de investigación, de estudio, de explicación de problemas, de descubrimiento de conexiones, etc.

¿Puede Aldo Aguzzi sostener que el nacionalismo carece de una doctrina bastante sugerente y que esa doctrina no lo invade todo, la escuela, la prensa, el



movimiento obrero (incluso el movimiento revolucionario, por el comunismo autoritario), la literatura, el arte, y así sucesivamente? Es contra ese nacionalismo, o sea contra la forma nueva de ese nacionalismo que es el fascismo internacional, contra lo que quisiéramos un movimiento de opinión adversa, una corriente intelectual capaz de hacerle frente eficazmente y en todos los terrenos. ¿Existe esa corriente, existe ese movimiento de opinión? Confesemos que es en extremo anodino, que la repetición de nuestras frases hechas no hace ninguna mella, confesemos que se siente la necesidad de argumentación más sólida, más apropiada a las circunstancias, más actual. Eso no implica ningún cambio de frente en lo fundamental de la anarquía; lo que significa es un mejor aprovechamiento de las enormes posibilidades de nuestra doctrina revolucionaria.

Supongamos que dos individuos se defienden con un garrote idéntico; uno sale victorioso y a otro le quitan el garrote los adversarios y le dan con él. Ocurre lo mismo con la anarquía; según quien esgrima esa arma revolucionaria, así el éxito o el descalabro. Lo que quisiéramos es que se suscitase una más grande capacitación intelectual entre los militantes para poder luchar más eficazmente con el arma que pone en nuestras manos una idea magnífica como es la de la anarquía. Y lo que hemos dicho en el artículo que ha comentado el compañero Aguzzi venía a ser esto mismo: que por falta de capacidad intelectual, no aprovechamos la eficiencia de la anarquía lo suficiente como para hacer una verdadera guerra victoriosa a las corrientes de la reacción. ¿No es efectivamente así?

Con lo dicho creemos que queda aclarado el error que nos atribuye Aguzzi al suponer que nosotros nos referimos a la debilidad de nuestras ideas; jamás hemos dicho tal cosa; al contrario, siempre hemos insistido en acusar de la debilidad de nuestro movimiento y de la fuerza de la reacción a la incapacidad de los anarquistas para esgrimir como es debido el arma de las ideas. Por lo demás, ese pensamiento, que ha sido expresado tantas veces por nosotros, emana del contenido de todo el artículo que comenta el compañero nombrado.

Mientras escribimos las presentes líneas llega a nuestras manos un artículo del ex anarquista J. E. Carulla (Supl. de "La Nación", 8 abril, 1928), en donde este señor despotrica contra las "absurdas ideologías humanitarias" que le sugestionaron en su juventud. En ese artículo se habla así de las fuentes del nacionalismo, que es, como hemos dicho, la doctrina específica del fascismo:

"Mientras las doctrinas demagógicas conquistan a los pueblos penetrando por las capas inferiores, la doctrina nacionalista se dirige sobre todo a las "élites" y en particular a la intelectual. Nacionalismo e inteligencia son dos elementos inseparables. Los movimientos nacionalistas mejor calificados, el de la Acción Francesa y el de Italia — pre-fascista —, fueron en el comienzo movimientos literarios. Primeros partidarios de un Charles Maurras o de un Federzoni fueron unos cuantos escritores, historiadores y filó-

sofos. En lo que respecta al primero, es notoria la influencia mistraliana. "El "felibrige" de Maurras es la raíz misma de su nacionalismo". Es lógico que una acción como la que esta doctrina se propone comporte antes que nada el conocimiento del país, de sus orígenes, de su religión, amén de una sólida cultura general.

"También en nuestro país, si es que de nacionalismo se puede hablar aquí, es en los medios intelectuales que han empezado a arraigar sus doctrinas. Al experimentar los efectos de la democracia absoluta, traducidos sobre todo en el actual estancamiento de todas las actividades del país, algunos de nuestros mejores espíritus empiezan a reaccionar en ese sentido nacionalista. Esta reacción, exagerada en un principio y con tendencias a un agnosticismo estéril, canalizase progresivamente hacia la acción. El ejemplo de D. Leopoldo Lugones, prestando la contribución de su gran talento a una doctrina nacional, no cae en el vacío. La prensa caracterizada no desdeña la colaboración nacionalista, y la aparición de algunos libros y periódicos doctrinarios ponen en evidencia la iniciación de un tiempo en que no se verá ya a los partidos izquierdistas atraer exclusivamente las inteligencias jóvenes".

En esas líneas, por contraste, hay una explicación de cuanto Aguzzi nos reprocha poco más o menos que como fantástico. El nacionalismo tiene sus raíces en el campo intelectual, y el fascismo italiano, como el fascismo de todas partes, es un hijo directo del nacionalismo y de la exaltación simultánea o colateral de la violencia. Por eso hemos podido hablar de las "profundas raíces intelectuales del fascismo".

La disidencia en la apreciación del fascismo entre Aguzzi y nosotros depende posiblemente del solo hecho de no ver ese compañero en el fascismo más que a Mussolini y a sus banderas, que según su opinión han debido surgir por generación espontánea. Nosotros, en cambio, vemos en el fascismo italiano, una manifestación del fenómeno internacional de la resurrección del nacionalismo, la doctrina más apropiada para la obra de regresión política, moral y social en que está empeñada la burguesía, sobre todo la alta burguesía financiera e industrial.

El doctor Carulla, el guerrillero de 1914 y el fascista de 1928, prevé que en lo sucesivo, con la exaltación de las doctrinas nacionalistas, no serán los partidos izquierdistas los únicos en atraer las inteligencias jóvenes. Y hay que constatar, por lo menos, que esa doctrina debe tener más de un atractivo cuando tantas inteligencias de jóvenes y viejos se doblegan a sus encantos. Por eso pedimos un mayor esfuerzo en pro de nuestra anarquía, que está quedando demasiado al margen de la vida por nuestra incapacidad para esgrimirla con más eficacia contra el mundo de las tinieblas y de la regresión.



LUIGI FABBRI

## La posición del anarquismo frente a la democracia

La guerra de 1914-18, — en la que el capitalismo europeo y americano ha celebrado sus saturnales de sangre, — ha mostrado cómo la democracia se había convertido en un régimen incompatible con todo desarrollo ulterior del progreso humano. Fué, por virtud de aquel enorme desastre a donde se arrojaron tantos pueblos, no (como pretendía) la enemiga del autoritarismo imperialista alemán, sino sólo su rival, en el mismo terreno delictuoso de explotación y de sometimiento, y su cómplice al mismo tiempo, al lado de la plutocracia zarista, en nada mejor y desde muchos aspectos, peor que sus antagonistas.

Los verdaderos y máximos sacrificados fueron la libertad y el proletariado; y más aún lo habría sido sin la intervención de la revolución rusa, benéfica a pesar de su sucesiva involución bolchevista. ¿Qué tiene de extraño que el fascismo, después de haber coqueteado un momento con la democracia y de haber explotado la ilusión de servirla contra el proletariado que la espantaba, hoy es tan fuerte contra ella como para estar en vísperas de privarle completamente de todo poder?

El espectáculo de involución y de degeneración que ha presentado en toda la segunda mitad del siglo XIX y al comienzo del siglo actual, la democracia burguesa, y con ésta su hermana menor, la socialdemocracia, ha hecho que su descrédito haya caído, por reacción, sobre las ideas de las cuales había surgido la democracia a fines del siglo XVIII y que en el pasado fueron afirmadas y defendidas a través de tantas revoluciones y tuvieron realmente la fascinación de las grandes cosas.

Nadie puede negar que muchas de las ideas expuestas por la democracia de 1879 a 1848, en ciertos países (como Italia) hasta 1870, contenían una fuerza ideal de progreso, que respondían a nobles y elevadas aspiraciones humanas, que proclamaban verdades luminosas, que han contribuido en gran parte al mejoramiento general del pueblo. Pero ¿qué importa? Como las clases y los individuos que se convirtieron luego en sus portavoces han caído en el fango, también aquéllas han quedado mancilladas en la opinión de muchísimos, sin excluir a los que habrían tenido interés o razón para quedarles fieles.

De esto se han aprovechado y se aprovechan aquellos que tienen aun la nostalgia del pasado: los clericales, los reaccionarios, los legitimistas y los nacionalistas franceses como los conservadores italianos y los fascistas. La crítica a la democracia, hecha apasionadamente por los revolucionarios, ha lisonjeado a aquellos que también son enemigos de la democracia, no por lo que ella tiene de corrompido y de corruptor, sino por las ideas que afirmó al nacer y por aquel tanto de espíritu de rebelión y de libertad que contenían. Y los demócratas llegados al poder, interesados más que todos en renegar de las ideas ultraliberales de un tiempo, no son los últimos que se complacen en el descrédito arrojado sobre ellas.

Todo esto engendró en el primer decenio de este siglo un malsano estado de ánimo incluso en ciertos ambientes obreros y revolucionarios. La frase: "se estaba mejor cuando se estaba peor" fué tomada más en serio de lo que merecía; y la coincidencia casual de la crítica reaccionaria y de la crítica revolucionaria contra la democracia dominante, hizo pensar que podían ser posibles acciones y aspiraciones comunes entre los adoradores del pasado y los pioneros del porvenir. Así se vieron en aquel tiempo extraños contactos de algunos sindicalistas teóricos con los agitadores legitimistas en Francia, donde incluso hasta algunos óptimos elementos revolucionarios no desdeñaron la contribución con la adhesión propia al turbio resurgir del nacionalismo y del antisemitismo.

Esa fué una consecuencia de la desilusión que había producido en Francia el triunfo de las izquierdas democráticas a través del famoso *affaire Dreyfus*, al cual proletariado y revolucionarios habían contribuido poderosamente con la enérgica intervención de la propia acción directa; y por la rebelión moral suscitada por las corrupciones y renegamientos de que se habían hecho culpables tantos viejos dreyfusistas subidos al poder. Hombres inteligentes y sinceros como Peguy y Halevy, que habían confiado en una renovación de la vida política francesa por la momentánea coincidencia del despertar sindicalista del proletariado con el triunfo de la democracia más avanzada se rebelaron con disgusto ante el cambio rápido y único de frente; y con ellos toda una juventud se



orientó hacia las tendencias de la extrema derecha. Algo semejante debía ocurrir en Italia poco más tarde, con los grupos intelectuales y juveniles que en la "Voce" de Florencia de Prezzolini habían levantado una atrevida bandera de independencia espiritual y luego naufragaron casi por completo en los abismos del militarismo y de la guerra.

El más conocido exponente de esta desviación intelectual de la revolución hacia la contrarrevolución, fué George Sorel, autor genial y sabio tanto como contradictorio y paradójico, que hubo el error de tomar demasiado en serio fuera de Francia, como me advertía en aquel tiempo en una carta personal James Guillaume. Su famoso libro sobre la violencia, mezcla de aspiraciones revolucionarias y de tendencias reaccionarias mal disimuladas, es un turbio producto de la mentalidad de aquel tiempo, al cual es fascismo no se engaña del todo cuando hace remontar en parte su caprichosa ideología demagógica y traidora. Pocos tal vez saben que en los últimos tiempos de su vida, Sorel mezclaba sus simpatías por el bolchevismo ruso con simpatías bastante evidentes, aunque más disimuladas, por el fascismo italiano (léase al respecto algún artículo de G. Sorel en el cotidiano reaccionario de Bolonia "Il resto del Carlino" 1921).

Cuando Sorel y sus secuaces combatían áspidamente la democracia liberal burguesa de entonces, tenían razón, pues ésta era la nueva encarnación del dominio de clase y, como detentadora del poder, la verdadera y propia enemiga del proletariado y de su emancipación. Pero lo lamentable es que, en el fuego del combate contra la democracia, se llegó a negar también aquella parte del pensamiento democrático (que menos tiene que ver con la política del gobierno) que había demolido las viejas supersticiones monárquicas, aristocráticas y religiosas y abierto el camino a los tiempos nuevos, pensamiento que constituía (en su parte mejor) un patrimonio, no ya de la burguesía, sino de todos los hombres que aspiran a un porvenir de justicia y de libertad, — patrimonio ideal que se había ido transmitiendo poco a poco al proletariado.

Se olvidó, y fué grave error, que si la burguesía se aprovechó, porque estaba más preparada y era más fuerte, de las revoluciones antidinásticas y antifélicas y del movimiento antirreligioso de 1789 a 1870, esas revoluciones no fueron exclusivamente burguesas sino también humanas, y por tanto interesantes y proficuas también para la clase trabajadora y para la causa de la libertad en general. Las conquistas hechas por el progreso en el paso de uno a otro período histórico no son anuladas por el hecho de que los nuevos dominadores, que se aprovecharon de ellas y las convirtieron en un arma al principio, las renegasen una vez consolidados en el poder. Esas conquistas permanecen adquiridas para los progresos futuros, se

suman a éstos y no son borradas de ellos. Misión de verdaderos y completos revolucionarios es por tanto no renegar de los progresos ya hechos ni renunciar a las conquistas pasadas, sino consolidarlas para pasar a conquistas nuevas hacia un mayor progreso humano.

De aquí en adelante los estudios históricos han asegurado que en todas las revoluciones, en la de 1789-93, en las otras de 1848, como incluso en las mismas revoluciones nacionales y patrióticas, un válido coeficiente de victoria fué un espíritu de rebelión impregnado de tendencias socialistas, un deseo, no sólo de libertad política, sino de igualdad económica. Las palabras "democracia" y "república" por algún tiempo tuvieron un significado mucho más vasto y avanzado, mucho más socialista de lo que tienen actualmente. Y esta es una razón por la cual esas palabras tienen aún para muchos un cierto prestigio, especialmente donde persisten, o han vuelto a tener auge, regímenes de autocracia y de absolutismo.

Nosotros podemos destacar un hilo conductor incluso entre la democracia y su enemiga actual, la anarquía. En torno a 1870 el conocido socialista belga César De Paepe, que entonces pertenecía a la minoría más avanzada y anárquica de la Internacional, escribía un verdadero himno a la anarquía, llamándola "el ideal de la democracia", en cuanto, según él, "la tendencia de la democracia consiste en llevar la libertad a su más alto grado, es decir a reducir el gobierno a cero" (véase la "Société nouvelle" de Bruselas, N.º 134 de febrero de 1896, pág. 1223-224; citado en un estudio sociológico de A. Hamon sobre el anarquismo y el socialismo). El mismo Eliseo Reclus, en un escrito juvenil, de 1851, en el cual se declara democrático, republicano y socialista, en cierto punto concluye que su ideal último es la ausencia de gobierno, la anarquía ("Nuestro grito es: viva la república universal...; nosotros, demócratas, estamos unidos en el corazón... Nuestro destino es alcanzar la ausencia de gobierno, la anarquía, la más alta expresión del orden").

No hay por tanto que confundir la democracia, que se ha adueñado del poder político y económico y se sirve de él para garantizarse a sí y a la clase burguesa a que pertenece la explotación del proletariado, con la idealidad y el espíritu que animaron los movimientos revolucionarios y los progresos científicos del último siglo. La una es enemiga del otro, como le es enemiga la reacción eclesiástica y militarista, como fué enemiga la ahora difunta aristocracia feudal. Combatir el idealismo, que de 1798 a 1870 se llamó democrático, creyendo combatir también así la democracia de gobierno, sería un grave error; pues con eso se haría un magnífico servicio justamente a esa democracia liberal burguesa y parlamentaria a quien se quiere abatir en beneficio del proletariado; cuya democracia, repito, tiene todo el interés en anu-

lar los efectos revolucionarios del espíritu de libertad que le animó en su resurgimiento.

Por el deseo de no parecer demócratas, no hay que unirse a la causa de los reaccionarios, demoliendo con las propias manos aquellas conquistas pasadas, que son realmente útiles e indispensables al advenimiento de la revolución social. Es necesario, sí, combatir la democracia, pero para superarla con atrevimientos más innovadores, no para dar un salto hacia atrás. Combatir la democracia burguesa, aun cuando se cubre con el nombre del socialismo, es necesario; y los anarquistas no le ahorran los golpes de la piqueta demoledora; pero para no traicionar los intereses del proletariado (que se identifican con el progreso humano) hay que combatirla para destruir todas las supervivencias reaccionarias políticas, económicas, jurídicas y religiosas, no para beneficiar a una parte de la burguesía, que está interesada en combatir el espíritu liberal para reforzar el propio predominio de clase. Debemos combatir la democracia política y social para ir hacia el porvenir y no para retornar, aunque sea inconscientemente, al pasado.

De lo que precede es fácil argüir cuál es la posición precisa de la anarquía frente a la democracia. Los nombres expresan ya por sí mismos la diferencia substancial: democracia es gobierno del pueblo, gobierno de los más, — o mejor ejercido en nombre del pueblo o de los más, — mientras que la anarquía es la ausencia de todo gobierno, acracia.

Según Proudhon, limitar y discutir la autoridad del soberano era ya una puerta abierta hacia la anarquía. En efecto toda limitación de la autoridad, toda disminución es un paso hacia su absoluta negación. La democracia, por tanto, al disminuir el poder en otro tiempo absoluto de los gobiernos, independientemente de toda otra consideración, ha marcado un progreso de libertad. Nadie podrá negar que el antiguo régimen de los reyes absolutos, de las castas y de las servidumbres de la gleba, fuese mucho más autoritario, es decir, que estuviera mucho más lejos de la anarquía, que fuera más tiránico que los regímenes actuales liberales y democráticos.

Lo que la humanidad ha conquistado en libertad sobre las ruinas del absolutismo, de la teocracia y del feudalismo, es patrimonio no sólo de los demócratas, sino de todos los amigos de la libertad, antes que todos, de los anarquistas. No hay siquiera necesidad por tanto de demostrar cómo los anarquistas, en coherencia con las propias ideas, tienen interés en defender las libertades ya conquistadas, los derechos ya establecidos contra toda tentativa de reacción y contra la misma democracia que en beneficio propio tiende ahora a limitarlos y a negarlos. Sin embargo, esas libertades, esos derechos, tienen un valor muy relativo, alguna vez negativo, en especial a causa de las

desigualdades económicas. Pero esta es una razón más para no renegar de aquellos derechos, sino para afirmarlos con mayor vigor, combatiendo las causas que los hacen a menudo tan ilusorios y negativos. tentativas de anularlos y de retornar al pasado. anarquistas con su acción cotidiana. Como hemos indicado ya, las luchas sostenidas en Italia y en Francia hasta 1900 para defender las libertades adquiridas de palabra y de prensa, de reunión y de asociación, respondieron justamente a esa necesidad de defensa de las conquistas ya alcanzadas contra las tentativas de anularlas y de retornar al pasado.

Pero, pasando de la defensiva a la ofensiva, la anarquía combate y niega también la democracia por el hecho de que es también ella un poder limitador de la libertad, defensor de las clases actualmente dominantes, un sistema autoritario de privilegio, de conservación y de explotación — además de todas las infamias y las degeneraciones a que hemos aludido más arriba.

Antes que la democracia alcanzase el grado de potencia que ha alcanzado hoy, la lucha de los anarquistas contra ella era preferentemente teórica, de crítica doctrinaria, de oposición sobre un terreno de relativa igualdad, mientras su acción revolucionaria era más bien dirigida a combatir la violencia reaccionaria de los gobiernos clérico-moderados y conservadores.

El mismo carácter tiende a reiniciar de nuevo la oposición de la izquierda a la democracia en los países en que ha sido derrocada del poder, más recientemente por la reacción fascista a beneficio de regímenes dictatoriales y absolutistas. Pero sería grave error de esta oposición — la oposición proletaria, revolucionaria y libertaria — si cediese ante las antiguas ilusiones y volviese a caer en ellas, si olvidase el experimento ya realizado en el espacio de más de un siglo. Las formas de la lucha, las armas, el lenguaje polémico pueden ser diversos, hechos menos ásperos por las circunstancias y por las necesidades contingentes de batirse contra el enemigo de hecho que actualmente pisotea y niega todas las libertades, desde las más atrevidas a las más ténues y superficiales; pero la revolución se traicionaría a sí misma





si se replegase sobre el pasado, si permitiese su retorno y no fuese más hacia adelante, abatiendo las tiranías actuales más brutales pero haciendo al mismo tiempo imposible toda otra opresión, todo otro régimen de explotación, no importa si es larvado o si es presentado bajo las formas ya superadas de la democracia que ha dado tan mala prueba de sí.

Nosotros debemos además combatir, donde domina, a la democracia con la acción más intensa, con la acción directa y revolucionaria, como se combate todo poder constituido tiránico y opresor. Y en la batalla debemos poner mayor energía y atención, — comprendida la atención necesaria para no favorecer de ningún modo a los enemigos más reaccionarios en acecho, — en cuanto el gobierno democrático corrompe y unce a su carro una parte de los oprimidos, la más ciega, dándole la ilusión de participar en el poder mediante la mixtificación electoral y parlamentaria, ayudado en eso válidamente pero con discreto

éxito por los reformistas del socialismo.

La democracia hoy es un nombre vacío de sentido para nosotros. Los que se encubren con su nombre equivalen hoy, en realidad o en potencia, a los conservadores y a los reaccionarios; y nosotros debemos combatirlos tratando bien de no beneficiar los intereses de los unos ni de los otros. Sean una supervivencia del pasado como el clericalismo y el militarismo o un retorno suyo como el fascismo, o algo nuevo como la llamada dictadura proletaria, la revolución anarquista quiere destruir todas las instituciones autoritarias y explotadoras de la sociedad actual, desbarazando las vías del porvenir de todos los obstáculos, ya se trate de fuerzas que quieren reconducir la humanidad al pasado, o de fuerzas que quieren conservar el oprobioso presente, o de fuerzas, en fin, que tienden a substituir las tiranías de hoy y de ayer por una tiranía nueva de apariencias y de nombre más atractivos,

RUDOLF ROCKER:

## El despertar de los pueblos asiáticos

No sólo América, también el desenvolvimiento industrial en Asia y Australia, a pesar de que se encuentra todavía en su estadio inicial, contribuirá en el porvenir poderosamente a estrellar todas las esperanzas del capitalismo europeo y a demostrar que su predominio en el mundo ha pasado para siempre. Los acontecimientos que se desarrollan actualmente en China sólo son precursores de una mucho más grande transformación, que en tiempo no lejano no sólo determinará la conformación social entera de toda el Asia, sino que tendrá una gran influencia también sobre el desarrollo estatal y económico del capitalismo de Europa cuyas consecuencias apenas se pueden adivinar aún. Los síntomas de esa transformación no sólo se dejan observar desde el tiempo de la guerra mundial; tampoco pueden ser considerados como resultado de la política rusa en Asia, aunque no es posible negar a ésta un cierto influjo, pero proporcionalmente pequeño. Hay que cuidarse mucho de atribuir especial valor a los comentarios de la prensa burguesa sensacionalista, que hoy ve de un modo regular en todo levantamiento, por justificado que sea, de las masas oprimidas, la mano del bolchevismo. Tampoco hay que dejarse alucinar por la manía de grandezas de los órganos comunistas en la prensa, que no se cansan de cacarear que el movimiento entero en China es la obra de su partido.

La causa efectiva de las actuales luchas en China son sólo la novísima y hasta aquí la más fuerte expresión de aquel fenómeno característico que puede designarse como el despertar de los pueblos asiáticos, y cuyos primeros síntomas se comenzaron a manifestar hace ya un cuarto de siglo. Los movimientos

nacionales, que se exteriorizaron por primera vez en gran medida en Egipto, en Turquía y en Persia, eran un fenómeno nuevo en la vida oriental, desconocido antes y al cual no se le atribuyó al comienzo gran importancia. Desde entonces la ola del nacionalismo en su fase revolucionaria se ha extendido sobre todos los países asiáticos y ha provocado en todas partes fuertes movimientos nacionales que comenzaron a desarrollarse vigorosamente en especial desde la guerra mundial.

Sin duda intenta el capitalismo de Estado ruso, que hasta aquí no pudo llegar con la mayoría de las potencias a un equilibrio pasable, arrojar en el camino de éstas todos los obstáculos que pueda, procurando influenciar en el sentido de su política los movimientos nacionalistas. Las relaciones extremadamente tirantes entre Inglaterra y Rusia, que hallaron ahora su fin provisorio con la ruptura de relaciones diplomáticas, fué el resultado inmediato. Pero todos esos fenómenos no son más que consecuencias de los acontecimientos internos, no su causa.

El régimen capitalista, que había desencadenado singularmente las fuerzas de la industria hasta un grado desconocido hasta aquí y que de esa manera alcanzó un formidable aumento de la producción social, en el curso de su evolución se propuso cada vez más como fin abrir para sus productos extraños mercados y al mismo tiempo asegurar los necesarios distritos de materias primas, cuya explotación es condicionada por la moderna producción en gran escala. Ese ímpetu interior constituye uno de los rasgos más importantes de toda la moderna política capitalista y estatal y tenía que llevar necesaria-

mente a continuos choques políticos entre los diversos Estados nacionales, choques que hallaron cada día más frecuentemente una descarga pasajera en las guerras devastadoras. Ninguna parte de la tierra tenía que despertar así el apetito de los diversos grupos nacionales del capitalismo europeo como Asia, con su enorme población, sus gigantescos territorios de materias primas y sus posibilidades casi ilimitadas como mercado. Aquí no se estaba ante tribus salvajes o semisalvajes, sino principalmente ante viejos pueblos de cultura, que según el concepto europeo, habían quedado estancados en su evolución, pero que, justamente por eso, abrían insospechadas posibilidades a la especulación del Occidente.

Así se desarrollaron poco a poco los grandes imperios coloniales de Inglaterra, de Francia, de Holanda, sin hablar ya de los ensayos menores de Alemania y de otros países, a los cuales se agregaron también los Estados Unidos con la anexión de Filipinas, a pesar de la doctrina de Monroe defendida antes. En Asia misma, en el Japón, se había desarrollado una corporación estatal que aspiraba a desarrollarse según el modelo europeo y que aumentó más aún la cifra de los Estados capitalistas piratas.

La brutal política de violación que proseguían esos Estados en el lejano Oriente, no supo respetar ni la vieja cultura de aquellos pueblos ni la dignidad humana de sus poblaciones. Se miraba más bien de arriba a abajo a aquellas "razas inferiores", con tal presunción estúpida y arrogante que en las puertas de los clubs ingleses en las ciudades chinas se puso este letrero: "Prohibida la entrada a los perros y a los chinos". Al mismo tiempo se obligó a China, mediante la infame política de las concesiones, a abrir cada vez más el país a la explotación brutal de las potencias capitalistas, con lo cual el enorme imperio perdió casi toda independencia política. Así ocurrió que, mientras la prensa capitalista del Occidente pintaba en la pared a cada instante el espectro del "peligro amarillo", que en realidad no existió nunca y cuya existencia ficticia sólo podía servir como una justificación de la inaudita política pirática de Europa y de América, el peligro blanco se manifestó cada vez más brutal para los pueblos de raza amarilla y se hizo sentir sobre ellos a cada paso del modo más desagradable y desvergonzado.

No sólo era comprensible, sino completamente justificable que esa política de filibusteros provocase una indignación creciente entre los pueblos asiáticos contra los opresores blancos. Con eso se puso el cimiento de la evolución de los movimientos nacionales en Asia. Pero esa resistencia creciente de los pueblos asiáticos contra la explotación sin límites de los europeos y americanos, que carcomió con mortal seguridad el viejo orden social de los asiáticos, no se puede atribuir sólo a los meros sentimientos éticos de la injusticia experimentada; había aquí otras fuerzas en acción que han contribuido poderosamente a crear el estado actual de cosas. No hay que olvidar nunca que todo el desarrollo de ese movimiento tan importante no ha surgido exclusivamente de la propia iniciativa, sino que en gran parte fué determinado y fomentado por la influencia europea.

Así, el desarrollo de la industria según el modelo europeo, principalmente en la India y en la China, se expresó de dos maneras: por una parte se desarrolló poco a poco un proletariado en el sentido europeo, que se agrupó más y más en fuertes asociaciones sindicales para mejorar su triste situación; por otra parte, las capas ricas de la población nativa perseguían con creciente interés los métodos de enriquecimiento que empleaban los europeos en la in-

dustria. Y surgió así cada vez más claramente en esos círculos el deseo de imitarlos. Al principio se hizo eso, por decirlo así, bajo la protección de los inversores blancos, que intentaron aliarse con el capital nacional. Pero luego se manifestó en las clases ricas de aquellos países, por sí misma, la necesidad de excluir la competencia extranjera, para quedar aprovechadores únicos de las industrias.

¿No les había dado el Japón un brillante ejemplo y mostrado que una evolución en ese sentido estaba por completo en el dominio de lo posible? Para aquellos elementos el despertar de la conciencia nacional era un medio cómodo para fomentar sus propios intereses y se comprende que se propusieron y se proponen todavía impulsar hacia adelante los movimientos nacionalistas de sus países con todos los medios. El desenvolvimiento económico cooperaba con ellos, por decirlo así, al preparar en Asia gradualmente idénticos fenómenos a los que se habían tenido ya en Europa. Es el mismo desenvolvimiento que transformó poco a poco a Inglaterra de Estado del monopolio industrial en Estado del monopolio comercial, y que se reprodujo en las más lejanas partes de Europa y de América. La tendencia a la auto-provisión industrial y a la conquista de mercados extranjeros se advierte en todas partes y dió a la sociedad capitalista su sello especial.

Este proceso, que no respeta ninguna frontera nacional, se tenía que expresar también en Asia y preparar allí igualmente una transformación de la vida social. Tras los movimientos nacionalistas que se manifiestan hoy particularmente en India y China de una manera cada vez más fuerte, no sólo está la indignación moral de pueblos cuya dignidad humana ha sido pisoteada durante decenios por los conquistadores blancos, sino también determinadas exigencias económicas claramente esbozadas, que trabajan en pro de la independencia material de sus países y quieren poner un fin a la explotación económica y a la tutela política por Europa y América. El desarrollo de los últimos decenios nos muestra en qué medida ha progresado ya la industrialización de aquellos países. En la industria del hierro y del acero, en las minas de carbón y en las industrias eléctricas y químicas apenas tropezamos con rudimentos, pero siempre se advierte una elevación continua. En la industria textil la concurrencia de los pueblos asiáticos se hace notar cada día más fuertemente. Abarcaba ya en 1925 el 27 por ciento de toda la industria del algodón del mundo y su evolución ulterior es todavía inimaginable. Los telares chinos que eran en 1913 más de un millón, hasta 1925 habían cuadruplicado la cifra de sus establecimientos. La India ha elaborado el año pasado casi tres millones de fardos de algodón en los propios establecimientos y en un tiempo no lejano podrá cubrir sus demandas en artículos textiles. El Japón ha duplicado su producción desde 1925 y durante el año pasado elaboró 2.8 millones de fardos de algodón en sus propios telares. Los resultados de la industrialización de Asia se manifiestan, pues, claramente y hacen perder cada vez más la esperanza del capitalismo europeo en una mayor exportación.

En los círculos inteligentes de las clases poseedoras de Europa se sabe ya que ese desenvolvimiento es insostenible. Por ejemplo, el "Times", el órgano de la gran burguesía inglesa, publicó hace alrededor de 25 años una serie de artículos digna de mención sobre la situación en la India, que sin duda procedían de la pluma de un alto funcionario inglés en aquel país. En ellos se declaraba abiertamente que el problema hindú empeoraría de año en año para Inglaterra,



pues en el fondo era un problema asiático, y que por buenas o por malas había que hacerse al pensamiento de ver suplantada cada vez más la esfera de influencia política y económica de Europa en Asia. Por esta razón, Inglaterra debía dirigir toda su política en Asia a postergar todo lo posible ese momento.

Hoy estamos ya muy cerca de ese momento, y si no engañan todos los síntomas, parece que no estaría lejos el comienzo del fin. Pero en cuanto Asia llegue a independizarse política y económicamente y a libertarse por completo de las continuas invasiones de Europa y de América, entonces ese hecho tendrá una repercusión en las condiciones económicas de Europa cuyo alcance no puede entreverse todavía.

El menosprecio con que se estimaban antes las capacidades de desarrollo de los asiáticos, ha desaparecido ya. El ejemplo del Japón ha destruido hace mucho esa superstición. Pero cuando los chinos avanzan con plena conciencia por el camino de ese nuevo desenvolvimiento, según la convicción de todos los que conocen las características de ese grupo magnífico de pueblos, dejarán en la sombra todas las experiencias hechas hasta aquí. Pero si Europa pierde un mercado poblado por más de 900 millones de hombres, un mercado que se creía poder abrir realmente hoy, mediante el tendido de líneas ferroviarias, etc.; si Europa pierde, además, un territorio de materias primas de incalculable valor, eso llevaría a una crisis permanente como no ha experimentado otra la sociedad capitalista. Pero, mientras tanto, el desarrollo de las cosas en Asia afectará cada día más gravemente a Europa. Los americanos y los europeos se aprovecharon hasta aquí un poco de las reducidas exigencias de la población en los distritos asiáticos de materias primas. Los bajos salarios que se pagaban allí hicieron posible la obtención de materias primas a precios reducidos. Con el aumento de las exigencias de la vida, que se anuncia en los grandes movimientos de huelga de la India y de la China continuamente, tiene que producirse un encarecimiento constante de las materias primas, que naturalmente tendrá su repercusión en los productores y consumidores de los pueblos occidentales.

Si fuésemos fatalistas, veríamos en ese desarrollo de las cosas la mejor garantía de la realización del socialismo, porque éste pone en el centro de la aspiración económica siempre la autoprovisión del propio país. Pero el socialismo, según nuestra opinión, no depende sólo de consideraciones puramente económicas; exige también un claro reconocimiento de las cosas, determinadas condiciones éticas y ante todo la firme voluntad de la actividad práctica y creadora en el sentido del socialismo. Si no encontramos esas condiciones, el porvenir puede llevarnos igualmente a la gran decadencia. Además, importa mucho también qué dirección tomará el desenvolvimiento en Asia. Si se hace en el sentido de las "necesidades históricas", que hemos experimentado ya en Europa y seguimos experimentando, y que parece a nuestros marxistas inevitable también para el Asia, entonces habría terminado Europa para siempre. Pues una repetición de los mismos acontecimientos sociales en Asia tendría que llevar necesariamente a las mismas consecuencias, es decir, a un nuevo período de trabajo mecanizado, realizado por esclavos del salario, de los cuales ninguno siente cariño y placer en su obra — un período de Estados capitalistas rivales con su burocracia, su militarismo y sus torpes arrogancias nacionalistas, como las que tenemos entre nosotros ante los ojos. Pero si los 400 millones de chinos y los 300 millones de hindús — dejando a un lado los pueblos menores — sir en una vez a Eu-

ropa del mismo modo que Asia fué servida hasta aquí por Europa, entonces tendríamos una situación como la que cada cual se puede imaginar.

Por esa razón, la tarea más esencial del proletariado de Europa y de América es hoy ponerse de acuerdo con las masas rebeldes de los campesinos y de los obreros chinos y hacerles saber que la enorme mayoría del "diablo extranjero" contra el cual dirigen hoy su odio, está en la misma situación que ellos mismos; que los trabajadores de todos los países no sólo tienen un interés en apoyar la política de sus explotadores en China y en otros países asiáticos, sino que desean estar de parte de las masas rebeldes de aquellos países en su lucha contra sus explotadores nacionales y extranjeros, que son también sus opresores. Deben declararles que no se trata de un problema nacional, sino de un problema universal, en cuya solución tienen el mismo interés directo las clases productoras y explotadas de todos los países y razas. Se trata de la creación de una nueva cultura que no esté ligada ya a determinadas fronteras y territorios económicos, sino que encuentre sus fundamentos en la cooperación solidaria de todos los hombres en el sentido de la libertad y del socialismo. Y al extender la mano fraternal a las masas oprimidas del gran imperio chino, les prevenimos simultáneamente contra aquellas tendencias nacionalistas que se aparecen hoy bajo un manto revolucionario, pero que, como en todas partes, también allí encierran el germen de una futura reacción. La "Joven Italia", la "Joven Francia", la "Joven Irlanda" y muchas otras asociaciones de los años 1830-40 y 1840-50, a pesar de todas las tendencias revolucionarias y del idealismo indiscutible de sus partidarios, han trabajado al fin de cuentas sólo por la dominación de la burguesía sobre la clase obrera. La "Joven China" y la "Joven India" no constituirán una excepción. También para Asia tienen valor las proféticas palabras de Grillparzer: "El camino de la nueva formación va de la humanidad por la nacionalidad a la bestialidad".

En el movimiento de la independencia china con sus numerosas corrientes se dibujan más claramente dos tendencias: el movimiento puramente nacional de la joven burguesía china, que sólo aspira a expulsar a los explotadores extranjeros para ocupar su puesto, y el movimiento social-revolucionario que, partiendo de la idea fundamental del socialismo guilddista, aspira a la sociabilización del país y de la economía. El objeto de la primera tendencia es la institución de una república democrática según el modelo europeo o el americano. Los fines de la otra tendencia van, naturalmente, mucho más lejos y manifiestan evidentes tendencias anarquistas. De la victoria definitiva de la una o de la otra tendencia depende el futuro de China y tal vez el futuro de Asia. Y no sólo el futuro de Asia. También influirá de la manera más amplia esa decisión sobre el porvenir de Europa. Una de las tareas más importantes del proletariado europeo será la del influenciamento de esa decisión en su sentido por medio de la solidaridad activa, oponiéndose con toda energía a las tendencias imperialistas del capitalismo blanco y preparando así el camino a una reformatión socialista del mundo.



E. MALATESTA

## EVOLUCION DEL ANARQUISMO

Una entrevista que tuve con el amigo Ciancabilla y que éste publicó en el "Avanti" (reproducida el mes pasado en el diario "La Protesta", R.) ha provocado comentarios que no esperaba.

No habiendo podido procurarme, pues fué secuestrado, el número del "Avanti" en que apareció la entrevista, no sé cómo se reprodujo lo que yo dije; pero la estima que tengo por Ciancabilla me asegura perfectamente que no alteró en nada mi pensamiento.

¿Cómo es, pues, que los comentaristas han sacado ilaciones que yo, principal interesado, rechazo directamente?

No hablo del corresponsal del "Resto del Carlino", que halla que mis ideas se aproximan mucho a las de los socialistas legalitarios. Ese es un periodista burgués, y por tanto, no puede dar gran importancia a las diferencias entre los socialistas; tal vez no las entiende. Nosotros, los socialistas de todas las escuelas, queremos, todos igualmente, poner fin al dominio de la burguesía y, naturalmente, somos, para los burgueses, lo mismo. Es el caso de los sacerdotes católicos, para los cuales los ateos, protestantes, hebreos y todos cuantos desconocen la autoridad del papa, se equivalen.

Yo no puedo menos de desear que llegue pronto el día en que los actuales burgueses, desembarazados de los privilegios que hoy ofuscan su juicio, puedan estudiar en la práctica y apreciar equitativamente las diferencias entre los diversos métodos preconizados para realizar el socialismo.

Mayor consideración, porque es socialista y justamente autorizado entre los socialistas, merece el "Avanti", el cual encuentra en lo que yo dije a Ciancabilla un signo evidente de "una evolución del anarquismo hacia el socialismo marxista".

Es vieja costumbre de los socialistas demócratas (cuando quieren ser gentiles con nosotros y no repiten con Liebknecht que nosotros somos "los Benjamines de la burguesía y de los gobiernos de todos los países") el decir que evolucionamos hacia ellos. Recuerdo, por ejemplo, que hace años el abogado Balducci de Forlì, aprovechando la ocasión de la publicación hecha por un amigo de una carta privada mía, en la que recomendaba la organización de las masas trabajadoras, escribía que yo "había puesto agua en mi vino", y se congratulaba como de algo nuevo conmigo, que fui, desde 1871, uno de los no menos conocidos propagandistas de la Internacional en Italia y que me hallaba en el exterior por una condena de que se me había hecho objeto justamente por ser miembro de la Internacional.

Entendámonos: para mí no hay nada de deshonesto en el hecho de evolucionar, siempre que la evolución sea fruto de honesta convicción.

Es verdad que, a causa de la corrupción de los políticos y de la influencia grandísima que el in-

terés personal y de clase ejerce en la política, se suele generalmente considerar como título de honor lo que sería en un hombre de ciencia signo de testarudez cretina, el no haber cambiado nunca de opinión.

Pero yo tengo demasiado valor moral como para no manifestar, en homenaje a una vana y ridícula reputación de inmutabilidad, las evoluciones de mi mente, aun cuando hubiese, como se ha dado ya el caso, de ponerme en contradicción con mis amigos y conmigo mismo; y soy demasiado altivo para detenerme un momento siquiera en la idea de que otro pueda suponer que esas evoluciones son inspiradas por vileza o cálculo.

Pero es preciso que el cambio de opinión haya sido efectivo y sea tal como se anuncia.

Ahora bien, los anarquistas y yo con ellos, han evolucionado ciertamente, y es verosímil que continúan evolucionando, mientras sean un partido vivo capaz de aprovechar los dictados de la ciencia y de la experiencia y de adaptarse a las variables contingencias de la vida. Pero niego absolutamente que hayamos evolucionado o estemos evolucionando hacia el "socialismo marxista". Y creo, al contrario, que uno de los caracteres más notables y más generales de nuestra evolución es el habernos desembarazado de los prejuicios marxistas, que al principio del movimiento habíamos aceptado demasiado ligeramente y que han sido la causa de nuestros más graves errores.

El "Avanti" es probablemente víctima de una ilusión.

Si cree realmente lo que ha dicho en varias oportunidades sobre el anarquismo, es decir, que el anarquismo es lo opuesto al socialismo, y si continúa juzgándonos por las falsificaciones y por las calumnias con que, siguiendo el ejemplo de la conducta de Marx hacia Bakunin, se han deshonrado los marxistas alemanes, entonces es cierto que, siempre que se digna leer un escrito nuestro o escuchar un discurso nuestro, tendrá la grata sorpresa de descubrir una "evolución" del anarquismo hacia el socialismo, que para el "Avanti" parece que es casi una misma cosa con el marxismo.

Pero el que tenga un conocimiento, aunque sea superficial de nuestras ideas y de nuestra historia, sabe que el anarquismo desde su nacimiento no fué otra cosa que la consecuencia, la integración de la idea socialista, y por tanto no podía y no puede evolucionar hacia el socialismo, es decir, hacia sí mismo.

Los errores mismos, los despropósitos, los delitos dichos y cometidos por anarquistas, sirven para probar la naturaleza sustancialmente socialista del anarquismo, como la patología de un organismo sirve mejor para comprender sus caracteres y sus funciones fisiológicas.



¿Qué es lo que hay en lo que yo dije a Ciancabilla que pudiese justificar la conclusión del "Avanti!"?

Nosotros tenemos ciertamente con los socialistas demócratas muchas ideas comunes, y tenemos sobre todo de común el sentimiento que nos anima y nos espolea a combatir por el advenimiento de una sociedad de libres y de iguales... por más que nos parezca que su sistema lleva más lógicamente a la negación de la libertad y de la igualdad.

Nosotros colocamos en la base fundamental de nuestro programa la abolición de la propiedad privada y la organización de la producción en beneficio de todos y hecha con el concurso de todos: lo que es, o debería ser, el estandarte de toda especie de socialismo. Y pensamos que, siendo los trabajadores los que más sufren en la sociedad actual, y los más directamente interesados en cambiarla, y tratándose de instaurar una sociedad en que todos sean trabajadores, es preciso que la nueva revolución sea obra principalmente de la clase trabajadora organizada y consciente del antagonismo irreductible entre sus intereses y los de la clase burguesa: concepto que es mérito máximo de Marx el haber formulado, propagado y hecho casi resorte de todo el socialismo moderno.

Pero en todo esto el "Avanti!" mal podría hablar de evolución, pues se trata de propósitos y convicciones que forman parte integrante del anarquismo, y que los anarquistas propagamos siempre, y en Italia muchos años antes de que existieran los marxistas.

Para descubrir por tanto, si hemos evolucionado verdaderamente hacia el socialismo democrático, que el "Avanti!" llama, muy discutiblemente, socialismo marxista, es preciso investigar cuáles son las diferencias que nos dividen y nos han dividido siempre de los socialistas demócratas.

No es el caso de discutir las teorías económicas e históricas de Marx, las cuales a mí (que por lo demás tengo escasísima competencia en eso) me parecen en parte erróneas y en parte consistentes sólo en expresar en términos abstrusos y en hacer aparecer extrañas y recónditas verdades que expresadas en lenguaje común son claras, evidentes y conocidas por todos. Los socialistas democráticos han cesado hace tiempo de tenerlas en cuenta en su programa práctico, y si no me equivoco, están por renunciar a ellas también en el campo de la ciencia.

Lo importante para nosotros, en tanto que hombres de partido, es lo que los partidos hacen y quieren hacer — y no las ideas teóricas por las cuales han sido inspirados, y con las cuales tratan, después del hecho, de explicar y justificar su acción.

Ahora bien, nosotros estamos en desacuerdo y en lucha con los socialistas demócratas, porque ellos quieren transformar la sociedad presente por medio de leyes y conservar en la sociedad futura el gobierno, el Estado, que se convertirá, según ellos, en órgano de los intereses de todos; mientras que nosotros queremos que la sociedad se transforme por obra directa del pueblo y queremos completamente destruido el mecanismo del Estado, que según nuestra opinión será siempre un órgano de explotación y de opresión, y tenderá, por su misma naturaleza, a la constitución de una sociedad basada en el privilegio y en el antagonismo de clase.

Podemos tener razón o no, pero ¿dónde vé el "Avanti!" un signo de que nos vamos acercando a su concepción autoritaria del socialismo?

El partido del "Avanti!", siendo un partido autoritario, tiende lógicamente a la "conquista de los poderes públicos".

¿Hemos cesado tal vez nosotros de dirigir nuestros esfuerzos al objetivo de hacer inútiles y de abolir los poderes públicos, es decir, el gobierno? ¿O tal vez hemos comenzado a prestar fe a la engañosita de poseionarse del gobierno para destruirlo mejor, que van repitiendo ciertos socialistas demasiado ingenuos... o demasiado hipócritas?

Muy al contrario. A quien penetra a fondo en el estudio del anarquismo, le será fácil darse cuenta de cómo en los primeros tiempos del movimiento un fuerte residuo del jacobinismo, de autoritarismo sobrevivía en nosotros, residuo que no me atrevo a decir que se halle absolutamente destruido, pero que ciertamente se ha ido y se va siempre atenuando. En otro tiempo era opinión común en nuestro medio que la revolución debía ser necesariamente autoritaria, y no era raro quien con extraña contradicción pensaba que se pudiese implantar "la anarquía por la fuerza"; mientras que hoy es convicción general de los anarquistas que la anarquía no puede venir de la autoridad, sino que debe surgir de la lucha constante contra toda imposición, tanto en tiempos de lenta evolución como en períodos tempestuosamente revolucionarios, y que nuestro objetivo debe consistir en obrar de modo que la revolución sea ella misma y desde el primer momento una realización de las ideas y de los métodos anarquistas.

El Partido del "Avanti!" es un partido parlamentario, sea respecto de los fines futuros, sea respecto de la táctica presente; y nosotros somos en cambio adversarios del parlamentarismo como forma de constitución social y como medio actual de lucha, hasta el punto de considerar socialismo anárquico y socialismo antiparlamentario como sinónimos o casi.

¿Ha observado tal vez el "Avanti!" que ha disminuido en nosotros aquella aversión contra el parlamentarismo que ha sido siempre una característica de nuestro partido? ¿Hemos cesado tal vez de consagrar buena parte de nuestras fuerzas a desarraigar del espíritu de los trabajadores la nueva fe en los parlamentos y en los medios parlamentarios, que los socialistas democráticos tratan de implantar en él? ¿Ha cesado tal vez el abstencionismo de ser casi el signo material con el cual reconocemos a nuestros compañeros?

Muy al contrario. Al principio del movimiento algunos de entre nosotros admitíamos todavía la participación en las elecciones administrativas, y más tarde de entre nosotros surgió la iniciativa de la candidatura Cipriani y fué apoyada por nosotros. Hoy estamos todos de acuerdo en considerar las elecciones administrativas tan perniciosas como las políticas y tal vez más, y rechazamos, para evitar equívocos, incluso las candidaturas de protesta.

¿Dónde está, pues, la evolución hacia el socialismo marxista?

Fiel a mi convicción de que un partido de porvenir como el nuestro debe ejercer una continua y severa crítica sobre sí mismo y no debe temer desplegar ante el público sus errores y sus culpas; yo dije a Ciancabilla algunas entre las causas que redujeron al partido anarquista al aislamiento y a tal estado de disolución que se había vuelto impotente para oponer una resistencia cualquiera a la reacción crispiana y para provocar en el público un movimiento de simpatía a su alrededor.

Le dije cómo la ilusión juvenil (que nos venía del mazziniano) de que la revolución a breve plazo es factible por iniciativa de pocos sin suficiente preparación en las masas, nos había distanciado de todo trabajo largo y paciente de preparación y de organización popular.

Le dije cómo nosotros, convencidos de que ninguna mejora pudiese obtenerse sin la previa transformación radical de todo el orden político social, y embebidos de aquel viejo prejuicio según el cual la revolución es tanto más fácil cuanto más pobre es el pueblo — mirábamos con indiferencia si no con hostilidad las huelgas y semejantes agitaciones obreras, y veíamos en la organización de la clase obrera casi exclusivamente el enrolamiento de fuerzas para la insurrección armada: — lo que por una parte nos exponía a persecuciones inútiles que venían a cada instante a interrumpir y a deshacer nuestro trabajo, que de esa manera no tenía tiempo de desarrollarse y quedaba siempre en estado incipiente, y por otra parte acababa por alejar de nosotros a los obreros más avanzados, los cuales, habiendo podido, con la resistencia, arrancar a los amos alguna mejora, hallaban en los resultados obtenidos un desmentido a nuestra prédica.

Y le dije cómo hoy nosotros buscamos en el movimiento obrero la base de nuestra fuerza y la garantía de que la próxima revolución llegue a ser verdaderamente socialista y anarquista; y nos alegramos de toda mejora que los obreros consigan conquistar, porque eso aumenta en la clase trabajadora la conciencia de su fuerza, excita nuevas necesidades y nuevas pretensiones, y acerca el punto terminal en que los burgueses no pueden ya ceder si no renun-

ciando a sus privilegios, y por tanto el conflicto violento se vuelve fatal.

Todo esto, y muchas otras cosas que habría podido decirle, significa ciertamente una evolución hecha en el pensamiento y en la práctica, pero lejos de ser "evolución hacia el marxismo" es el fruto de nuestro desembarazamiento de aquel poco que habíamos aceptado del marxismo.

En efecto, ¿no era tal vez nuestra vieja táctica el resultado lógico de la interpretación estrecha, unilateral que había dado la escuela marxista de la ley de los salarios? ¿No traicionaba ella la influencia del fatalismo económico de Marx? Y el espíritu autoritario, que sobrevivía todavía en nosotros, ¿no es quizá el espíritu que anima a los marxistas y queda inmutable a través de todas sus evoluciones, no siempre progresivas?

No; que me permita el "Avanti!" quitarle una ilusión; nosotros no estamos en tren de convertirnos en marxistas. Deseamos, en cambio, que los marxistas, renovándose al contacto con el alma popular, se conviertan, si no en anarquistas, al menos en liberales, en el sentido bueno de la palabra.

5 DE OCTUBRE DE 1897.

(De *L'Agitazione*, periódico socialista-anárquico, Ancona, N.º 31 del 14 de octubre de 1897).

MAX NETTLAU

En recuerdo de Voltairine de Cleyre, anarquista americana (1866-1912)

II

Sería preciso poder examinar todos los escritos dispersos de Voltairine de Cleyre para constatar cuando ha podido expresar por primera vez las ideas que resume en la conferencia *Anarchism* de abril de 1901. Yo no puedo hacer otra cosa que referirme al texto mismo de esa conferencia donde se propone ante todo crear una base amplia, eliminando la calificación *ateísta* o *materialista* considerada por ella misma algún tiempo antes como inseparable de la concepción anarquista, y considerada siempre así. El caso de León Tolstói le interesó; Tolstói — resume así su idea — "cree que todos son hijos iguales de un solo padre y que a causa de eso nadie tiene derecho a gobernar a su prójimo". A eso quisiera agregar que el joven Eliseo Reclus en su manuscrito de Montauban en 1851, publicado ya, tuvo concepciones parecidas — un dios lejano que es todo amor y hacia el cual tienden los esfuerzos de los hombres a tan gran distancia de él y que tienen necesidad de conducir su vida entre ellos en anarquía y en fraternidad, para acercarse de ese modo al ideal lejano, el dios en quien todas esas buenas cualidades convergen en un solo amor inmenso e infinito. Según Reclus, es solamente el hombre el que puede obrar así, creando libertad e igualdad en su camino, para aproximarse a ese dios-ideal que no se mezcla en sus cosas y que no hará nada por él.

Yo estoy poco al corriente de las ideas religiosas de Tolstói, pero pienso que también él habrá puesto

todo el peso en la acción no invasora y solidaria del hombre mismo y ningún peso sobre esa espera en una intervención "divina" que se puede comprar por la adoración y por algunas obras de piedad, donaciones a la Iglesia y actos parecidos de cortesano que se esfuerza por obtener los favores de un tirano. Es todo eso, la especulación con el favor o el temor de ese dios que puede intervenir *ex machina* como tirano o como benefactor, lo que representa la esencia de la religión vulgar, y de ahí no conduce ningún camino a la anarquía y Voltairine misma, por tolerante que fuese, no lo habrá creído tampoco.

Porque esa ficción del dios dispensador de recompensas y de castigos, controlador supremo permanente que se mezcla en todo, corresponde a la mentalidad autoritaria de los hombres que no conocen más que las jerarquías políticas y sociales, la potencia de los unos, la impotencia de los otros, que inspira a estos últimos el temor, el deseo de protección y el deseo de mejorar su situación, de llegar, — pese a todo — a alguna seguridad y poder y disfrute. Los hombres que no están fascinados por alguna jerarquía en donde de yunque quieren convertirse en martillo, de escoba en mango, son los anarquistas y los igualitarios y su vida, según Reclus, en 1851 y pienso que también según Tolstói, debe ser el esfuerzo para realizar ellos mismos la libertad y la solidaridad entre los hombres. Para tales hombres, pues, piensa Voltairine, me parece, que es igual — si tienen una concepción netamente científica del universo o si acarician esa ficción lejana de un dios —



amor como Reclus en 1851 o del dios tal como puede ser reconstruido de acuerdo a los escritos de Tolstoi, tal como la fantasía de Tolstoi se lo ha creado.

Así será posible, como existe el anarquismo sin etiqueta económica, establecer también el anarquismo sin epíteto filosófico — y esa me parece una posición muy lógica. Sin epíteto no quiere decir que todas las calificaciones expresadas por epítetos sean compatibles con el anarquismo, que sea posible en economía, por ejemplo, un anarquismo monopolizador. Lo mismo en filosofía un anarquismo clerical, que reconozca un dios dominador, será imposible, pero un anarquismo de hombres, que no se interesan por lo que la disección, el microscopio, los reactivos químicos, la observación y el cálculo astronómico revelan y que prefieren crearse ficciones puramente imaginarias como hicieron el joven Reclus y el viejo Tolstoi — el viejo Reclus estaba más allá de esas enfermedades de infancia intelectual — un anarquismo de tales hombres es muy posible y será para nosotros un objeto amistoso y no algo que rechazamos como la ficción del dios-tirano, idealización funesta del hombre-tirano. Yo no veo otra manera de hacer justicia a Tolstoi y Voltairine ha razonado bien.

Ella dice del anarquismo: "...no es un sistema económico, no viene a vosotros con un plan detallado, sobre como vosotros, los trabajadores, debéis dirigir la industria ni con métodos de cambios sistemáticos, ni con organizaciones administrativas esmeradamente elaboradas en el papel. Apela simplemente al espíritu de individualidad para que se eleve de su rebañamiento y permanezca supremo no importa qué reorganización económica se haga. Sed primeramente hombres, no mantenidos en esclavitud por las cosas que hacéis; que vuestro evangelio sea: "las cosas para los hombres, no los hombres para las cosas".

"El socialismo, considerado económicamente, es una proposición positiva de tal reorganización. Es ante todo un ensayo para adueñarse de esas nuevas grandes ganancias materiales, la creación especial de los últimos 40 ó 50 años (esto en relación a la América del Norte, donde antes de la mitad del siglo XIX el acceso a la tierra y a las riquezas naturales de esa mitad del nuevo continente no estaba aun encerrada en el grado que lo estuvo desde entonces). El socialismo no tiene tanto en vista la reclamación y la más amplia afirmación de la personalidad del trabajador, como la distribución justa de los productos.

"Ahora es del todo evidente que, como la anarquía se ocupa casi enteramente de las relaciones de los hombres en pensamiento y en sentimiento y no de la organización positiva de la producción y de la distribución, un anarquista tiene necesidad de apoyar su anarquismo con algunas proposiciones económicas que hacen posible que dé para él y otros una forma práctica a esa posibilidad de una humanidad independiente. Tomará por criterio en la elección de esas proposiciones el grado en el cual aseguren su individualidad. No es bastante para él estar seguro de una tranquilidad confortable, de una rutina agradable y bien ordenada; su primera demanda es el campo libre para el espíritu de mutación (the spirit of change).

"Todos los anarquistas tienen en común esto, que el sistema económico debe servir a ese fin. Ningún sistema se recomienda a sí solo por la belleza y la facilidad de sus operaciones"... Un maquinismo bien aceitado con hombres como unidades, no le satisface; respecto de tal sociedad dirá que tiene olor a la grasa de las máquinas.

"Hay, pues, varias escuelas económicas entre los anarquistas: los anarquistas individualistas, los anarquistas individualistas, los anarquistas mutualistas, los anarquistas comunistas y los anarquistas socialistas. En el pasado esas escuelas se han denunciado amargamente unas otras y han rehusado reconocerse unas a otras como anarquistas en general. Los espíritus más estrechos de ambas partes hacen eso mismo todavía; es verdad que ellos no consideran eso como estrechez de espíritu, sino simplemente como mantenimiento firme y sólido de la verdad", que no permite la tolerancia con el error. (Yo remito, por ejemplo, a un llamado de Bernard Lazare, *De la nécessité de l'intolérance*, que termina así... "Quién quisiera que seáis, jóvenes, ateos o católicos, conservadores o anarquistas, naturalistas, psicólogos o simbolistas, si vuestra fe es sincera, si no la habéis elegido por inconcesables y bajas razones, sino libremente y según las naturales disposiciones de vuestro espíritu; jóvenes ¡sed intolerantes!" (*Entretiens politiques et littéraires*, París, diciembre de 1891, página 208-211).

Esa fué en todas las edades la actitud del beato, y el anarquismo, como toda otra doctrina nueva, no ha escapado de tener sus beatos. Cada uno de sus adeptos fanáticos del colectivismo o del individualismo cree que no es posible ningún anarquismo sin tener por garantía ese sistema económico particular, y está, claro está, perfectamente justificado desde su propio punto de vista. Pero con la extensión de lo que el camarada Brown (en Filadelfia) llama el Espíritu nuevo, esa antigua estrechez cede el puesto a la idea más amplia, más benevolente y mucho más razonable que todas esas concepciones económicas pueden ser experimentadas, y que ninguna de ellas posee un carácter no-anarquista hasta el momento en que interviene el elemento de compulsión y obligue a las personas a quedar contra su voluntad en una comunidad de la cual no aprueban los arreglos económicos"... Por eso Voltairine dice que no comprende las ligeras diferencias sobre las cuales se llega al acuerdo como amigos, sino las diferencias serias que en su opinión amenazan sus libertades indispensables... "No preconizamos la abolición del sentido común, y toda persona de buen sentido tiene la buena voluntad de ceder a veces en cuestiones de predilecciones, siempre que no sea forzada a ceder a todo precio".

"Digo, pues, que cada grupo de personas que obra en posesión de libertad social, pueden elegir uno de los sistemas propuestos y ser tan sólidos anarquistas como los que eligen otros. Si es aceptado este punto de vista, estamos desembarazados de esas excomuniones ultrajantes que pertenecen propiamente a la Iglesia de Roma y que no sirven a ningún otro fin que al de atraernos un desprecio merecido de parte de los hombres al margen de nuestras filas".

Voltairine había visto todos esos años la intransigencia absoluta de B. R. Tucker que excomulgó todo anarquismo social, y la intransigencia igualmente absoluta de Most en los Estados Unidos y de todos los anarquistas europeos que excomulgaban a los individualistas que creían que una estricta reciprocidad bastaría para establecer y mantener relaciones equitativas entre los hombres. Es verdad, me parece, el sistema de Warren y de Tucker, como el de Proudhon y el de Max Stirner, exige hombres por completo penetrados del espíritu de reciprocidad equitativo, lo cual es, en mi opinión, un sentimiento profundamente social, posible sólo para hombres sociales e imposible para siempre a los egoístas y monopolistas. El egoísmo no conoce más que la reciprocidad del comerciante que da lo menos posible y se

hace pagar lo más que puede. Ese hombre vive fuera de la mentalidad anarquista común a individualistas y a comunistas, la de la equidad como objetivo: porque su objetivo es el provecho, el buen negocio, recibir más de lo que da. Tanto lo que Warren y Tucker quieren como lo que quieren Most y Kropotkin, no puede realizarse más que con hombres sociales y entre tales hombres los matices no establecen separaciones. El egoísta es el hombre antisocial por excelencia y halla el más amplio campo de acción en la sociedad antisocial de nuestros días, no tiene nada que ver con la anarquía.

"Además — continúa Voltairine — cuando se acepta ese punto de vista (de la elección libre del sistema económico) por un razonamiento puramente teórico, se llegará, creo, a esa disposición de espíritu que se da cuenta de ciertos factores materiales que explican esas diferencias y que las imponen incluso mientras la producción queda tal cual es". Esto quiere decir que el estado económico de un país explica más o menos cómo una forma tal de las concepciones anarquistas se ha formado preferentemente — razonamiento que me parece muy justo y que da la clave de todas las concepciones socialistas, de las primeras utopías a las doctrinas más recientes.

Forzosamente los hombres que razonan sobre estas cuestiones son hombres de su tiempo y de su ambiente, que conocen lo que han visto y aprendido localmente y que, a pesar de estudios y viajes, no pueden conocer en el mismo grado las situaciones y condiciones más lejanas.

El igualmente su objetivo social es ante todo mejorar lo que ven a su alrededor, rebelarse contra los abusos de su tiempo, combatir la miseria que les rodea. Como no existe el pájaro abstracto, sino una especie de pájaro, que se divide en especies locales, con una categoría más o menos grande y subespecies, etc., no hubo socialismo abstracto más que en el papel, y entre los hombres más que la concepción más o menos localizada del socialismo. Thomas Moro es tan inseparable de la Inglaterra de su época como Thomas Muenzer de la Alemania del siglo XVI y Tommaso Campanella del ambiente italo-español de la Italia de su tiempo. Y el Kropotkin del Jura y de Ginebra es distinto al Kropotkin de Inglaterra, y así sucesivamente.

Hasta la religión que proclama el culto a una ficción universal, se ha localizado parcialmente por el culto de los santos, y más tarde por el calvinismo y otras denominaciones protestantes se ha adaptado localmente al comercialismo y al estatismo intensificados de los últimos cuatro siglos.

Voltairine considera el socialismo anarquista "una realización completa del socialismo en el terreno económico, lo que llevaría lógicamente a la disolución del Estado, el organismo que protege los intereses de los privilegiados. Es el socialismo revolucionario en la práctica, como lo opuesto al socialismo político, y eso corresponde a los grandes cambios sociales que se operan en Europa, donde una acción nueva e individual, una iniciativa personal de los individuos no se encuentran, y donde los individuos son cimentados juntos en clases por una larga suerte común y no ven la posibilidad de soluciones individuales.

Critica la concepción demasiado simplista del rol del Estado que no es sólo el órgano de las clases propietarias, sino que tiene una raíz profunda en el desenvolvimiento religioso de la naturaleza humana, y que no caerá sólo por la simple abolición de las clases y de la propiedad. Se necesita otro esfuerzo distinto además.

Considera el comunismo anarquista como una modificación o más bien una evolución de ese socialismo anarquista. Sus adherentes esperan una nueva distribución de los hombres sobre la tierra, la disolución de las grandes comunidades, las ciudades, y la formación de grupos más pequeños o de comunas libremente federadas. Las comunas pequeñas, independientes, ricas en propios recursos y cooperando libremente entre sí; una descentralización de la producción que no conoce el vasto aparato de un cambio internacional que el socialismo anarquista desearía establecer y extender. Como los pequeños grupos de productores directos depositan sus productos en los depósitos, toman de ellos lo que necesitan y dejan a los otros tomar el resto. Para eso no hace falta más que la consideración conveniente para la propia individualidad y la de los camaradas de trabajo. El problema del cambio exacto de equivalentes no existe entonces; si hay bastante, ¿para qué preocuparse de ello? Las fuentes de la propiedad quedan indivisas para siempre; si todos tienen bastante, ¿qué importa que alguno tenga un poco más o un poco menos o que se pierda algo? Una contabilidad costaría más cara que las económicas que podrían producir los cálculos.

Estas concepciones se derivan para Voltairine de las recolecciones y de los pocos rastros supervivientes de las comunas de aldea medioevales; es el ideal que impregna las páginas de William Morris y de Kropotkin. En América del norte esas comunas no han existido, la civilización blanca se difundió ya hecha sobre el continente nuevamente abierto. Así esa idea de la pequeña comuna, desarrollada instintivamente entre los anarquistas europeos, sobre todo los del continente, como el desarrollo consciente de un instinto sumergido, es para los americanos una importación.

Voltairine pasa a los individualistas extremos, describiendo las ideas bien conocidas formuladas tan a menudo por Tucker. Ese sistema, automáticamente, no dependiendo de los esfuerzos conscientes de individuos del establecimiento de la justicia y la armonía (sin los obstáculos que el Estado y los monopolios oponen hoy) es la gran válvula automática que se abre y se cierra según el aumento o la disminución de las demandas. Nueve por cada diez americanos ten-





drán mucho más interés por este sistema que por los otros. Porque, aparte de los negros, las clases no han existido históricamente en los Estados Unidos y el espíritu asociativo de los obreros no se ha desarrollado allí. Fue el individuo el que ha hecho las cosas, el obrero de hoy toma sus herramientas y trabaja para él solo mañana. Incluso con la lucha social intensificada — escribe en 1901 — la división entre las clases es constantemente rota. El programa económico de la no-interferencia conviene pues a las simpatías tradicionales y a los hábitos de esos hombres que han visto tantos cambios individuales de posición social a sus alrededores.

Esos individualistas atacan directamente a la idea de autoridad encarnada en el Estado. Una modificación de su programa es el mutualismo anarquista ya descrito, como formulado por Dyer D. Lum, que pasó su vida en los movimientos organizadores de los obreros, mientras que los Warren y los Tucker eran hombres de esfuerzo independiente personal en trabajo y en negocios, que no conocían directamente la opresión en las fábricas y las asociaciones obreras.

“...En cuanto a mí misma — dice Voltairine — creo que todos esos planes y muchos otros podrían ser ensayados con ventaja en localidades diferentes: yo quisiera ver los instintos y los hábitos de los hombres expresarse en cada comunidad por una elección libre, y estoy seguro que el ambiente diferente creará adaptaciones distintas”.

“Personalmente, aun reconociendo que la realización de cada uno de sus planes, será una gran extensión de la libertad, confieso francamente que ninguno de esos planes me satisface.”

“El socialismo y el comunismo exigen uno y otro un grado de esfuerzo reunido y de administración, que producirían más regulaciones de las que un anarquismo ideal podría soportar, mientras que el individualismo y el mutualismo, basados en la propiedad, implican un desarrollo de la política privada (el guardián empleado para vigilar los intereses de los que lo pagan, rodaje protector al servicio de los que creen útil tal protección a sus expensas, es perfectamente admitido por Tucker y sus adeptos, quien no es de ningún modo compatible con mis ideas de libertad...)”

Antes de traducir la expresión de las ideas anarquistas propias de Voltairine, quisiera discutir un poco estas cuatro categorías que ella acaba de describir.

En el centro y el oeste de los Estados Unidos han emigrado en la primera mitad del siglo diez y nueve, el tiempo de Josiah Warren, centenares de millares de familias, y desde entonces, en tiempos de Tucker, millones, las cuales todas tenían un mínimo de recursos que les permitió el acceso a la tierra no desmontada con herramientas propias, y eso en un ambiente en que había un mínimo de intervención gubernamental y un máximo de posibilidad de organización autónoma, de cooperación voluntaria, de libertad personal, de elección y de cambio fácil de ocupación, y había también un crecimiento continuo del valor y de las probabilidades de colocación de los productos de la tierra y de la industria. Es pues allí donde la práctica del individualismo de cambio recíproco de Warren habría podido difundirse, si no generalizarse. Allí también las dificultades, adversidades y peligros comunes habrían podido fundar la práctica cada vez más extensa de la ayuda mutua, de la solidaridad y del comunismo libertario. Sin duda la ayuda mutua fué practicada, pero sin pasar de lo estrictamente necesario, sin llegar a fraternidad general. Sin duda, también entre esas poblaciones de re-

ursos relativamente iguales y suficientes en una vida frugal los negocios de compra y venta se hicieron con una reciprocidad relativamente equitativa.

Pero la inteligencia y la voluntad sociales y libertarias estaban aun tan infinitamente poco difundidas que esas probabilidades fueron descuidadas, y el espíritu capitalista acaparador fué infinitamente más fuerte y se volvió general. En la época de Tucker ocurrió eso, y él se encontró frente al monopolio organizado que en la época presente está cien veces más organizado, de suerte que el menor punto de apoyo, base para comenzar, para el cambio equitativo, falta hoy y el mundo americano se encuentra con los puños ligados como presa de una hidra tan segura de su triunfo presente, que extiende sus operaciones sobre todos los países del globo. Para eso transforma una gran parte de sus víctimas en sus cómplices, interesados como ella en la expansión comercial imperialista, en la producción siempre aumentada y forzada sobre los compradores de los otros países.

Esa situación ha enseñado a las víctimas a asociarse, sean agricultores (farmers) u obreros manuales de la industria, pero todas estas organizaciones en tanto que son verdaderamente grandes, vacilan en obrar o buscan compromisos, para que los explotadores y el Estado a sus órdenes, por el imperialismo, les aseguren trabajo relativamente bien pagado y la colocación de los productos agrícolas: eso amordaza su voluntad e impulso de ataque y los paraliza. El socialismo, la anarquía son impotentes frente a esta situación; millares que no tienen una influencia intelectual o moral sobre millones y decenas de millones. Además las buenas voluntades sociales son absorbidas por esfuerzos sociales de municipalidades, por reformas locales, por actividades útiles y necesarias, pero que disminuyen aun mucho los ambientes socialistas y anarquistas que militan directamente.

En estas condiciones o bien los recursos y la riqueza extraordinaria de los Estados Unidos harán de éstos la raza dominadora del globo que, desde el primero al último, por decirlo así, del centenar de millones de habitantes, mantendrá en sumisión a los otros países del globo e impedirá también el advenimiento de no importa qué socialismo sincero y eficiente — o bien el arco demasiado tendido se romperá y una tormenta social hará levantarse a decenas de millones los explotados contra el número restringido de los verdaderos plutócratas, movimientos gigantescos de formas locales variadas, apoyados sobre las autonomías territoriales y municipales y sobre las asociaciones inter-territoriales — entonces allí donde no se esté fascinado por algún nuevo bolchevismo americanizado muy moderno (up-to-date) tocará el turno a ese mutualismo federalista entrevisto por Dyer D. Lum, amplio cuadro en el cual entrarían sin dificultad grupos de otro modo matizados que desearían practicar entre ellos o en el seno del grupo solo, el cambio equitativo de Warren, la toma del montón del comunismo libertario u otras variedades. Ese cuadro correspondería a aquel que el *colectivismo anarquista* de la Internacional quería crear. No es sino sobre una base amplia y sólida de ese género que sea llenada por millones como aquellos de matices individualistas o comunistas diversos podrán realizar el género de vida que les interese, en seguridad y en usufructo de las herramientas y recursos esenciales.

Sería extraño si entonces esos matices se ponen a combatir el matiz más extenso e igualmente si el matiz por decirlo así “en el poder” quiere suprimir las variaciones, como hacen los bolchevistas en el me-

canismo social único que aplasta bajo sus rodajes todo matiz diferente como el carro del dios Juggerant en las Indias orientales. Habrá bastante que hacer para proteger el cuadro creado contra las desviaciones autoritarias, y no se presentarán peros por mates en realizaciones libertarias.

En Europa, si sale alguna vez del fango nacionalista que eterniza el odio de los pueblos y prepara su destrucción recíproca por las guerras futuras, crisis crónica de demencia que hace imposible todo esfuerzo libertario serio y que no puede conducir más que a convulsiones bolchevistas seguidas de venganza infernal fascista y de una reabsorción progresiva de la social democracia y de los partidos obreros por el gubernamentalismo — si se llevan a cabo revoluciones sociales y no son acaparadas por el bolchevismo, al cual el autoritarismo habitual de la gran mayoría de los hombres de nuestro tiempo arrastra, el único gran cuadro que creará una base para la libertad nueva, será más o menos con el colectivismo anarquista de la Internacional y con ese *mutualismo revolucionario* que Lum ha propuesto y que podría ser el gran cuadro para los Estados Unidos. En ese cuadro entrarán aquellos de los matices individualistas y comunistas como camaradas, que encontrarán modo de vivir su vida propia.

Porque el gran cuadro será el más fácil y el más sólidamente formado por ese matiz que atrae el mayor número de los no militantes, de los moderados y de los indiferentes de buena voluntad, y aquellos se acomodarían mejor a un plan económico colectivista que por sus ordenaciones más moderadas exige de ellos menos *cualidades sociales* que no poseerán al *comienzo de la sociedad nueva*: porque si *tuvieran* ya todas esas cualidades serían anarquistas comunistas desde hace mucho tiempo — y si adquiriesen esas cualidades súbitamente después de la revolución, serían igualmente anarquistas comunistas desde ese momento y nadie se lo impediría: pero puesto que con toda probabilidad no serán conquistados para esas ideas, no podrán practicarlas desde la primera hora, e incorporarlos a los grupos comunistas libertarios o imponerles esas ideas y su práctica, no tendría buenos resultados ni buen sentido, como si se colocase un niño que no sabe aun leer ni escribir, por generosidad o libertarismo doctrinario, en los bancos de una universidad o de un liceo, lo que no le serviría aun para nada.

Cuando un día sean más generalmente aceptadas tales consideraciones, las *discusiones* entre los matices del anarquismo serán consideradas como uno de los grandes obstáculos al progreso de nuestras ideas. Lo más avanzado, lo más libre, social, íntimo, magnífico y bello, todo lo que se quiere, no puede al mismo tiempo y de inmediato ser lo más generalizado, difundido y lo único, ante el cual un matiz de un grado menos perfecto no puede menos que desaparecer. Cuanto más admiramos y aprendemos a conocer por un análisis íntimo un objeto de belleza y de muy grande perfección, mas comprendemos lo que hace falta para que tal objeto sea creado, y no es poco, y comprendemos entonces bien que no se puede multiplicarlo a discreción o producirlo de la nada con un esfuerzo mínimo. Lo cual se aplica tanto a la más bella de las flores, de las mujeres, de las obras de arte, de la voz de cantora, de los descubrimientos de la ciencia, como se aplica a las más bellas concepciones sociales que son, según el gusto de cada uno, sea ese acceso ilimitado a todo, que es el comunismo libre, sea esa reciprocidad completa, leal y equitativa, que es el individualismo social. Decretar la universalización de esas concepciones de urgencia y excomulgar como mo-

derado o reaccionario a quien piensa que se va un poco demasiado rápido, es fácil de hacer y eso se hace en efecto desde casi cincuenta años, pero es demasiado poco para acercar nuestras ideas a una realización cualquiera.

Voltairine de Cleyre describe así la anarquía según su corazón: “Mi ideal sería un estado de cosas en que todos los recursos naturales sean para siempre de acceso libre a todos, y donde el obrero pudiera individualmente producir por sí mismo bastante para todas sus necesidades esenciales, si eso le conviene, de suerte que no sea gobernado por sus camaradas mediante su trabajo o no-trabajo por hora y tiempo. Pienso que ese momento llegará, pero será sólo por el desenvolvimiento de los géneros de producción y por el gusto del pueblo. Mientras tanto gritemos todos altamente con una sola voz por la libertad de *ensayar*”.

Siente, pues, que al lado de la experimentación, es esencial un esfuerzo verdaderamente colectivo para crear esa base sobre la cual podrá desenvolverse la libertad más especial del productor que desea trabajar a su modo. Pero continúa:

“¿Son esos todos los objetivos del anarquismo? Eso no es más que el comienzo. Es un resumen de lo que se exige para el productor material. Si como obrero no tienes otra cosa en vista que el libertarte de la servidumbre horrible del capitalismo, esa es la medida de tu anarquismo. Pero si pones un límite, eres tú mismo el que pones ese límite allí. El alma salida de su caja de costumbres y de cobardía y que se atreve a reclamar su Yo mismo, profundiza inconmesurablemente más y se eleva también más alta”.

Me abstengo de traducir las largas rapsodias que siguen, pues exigen a un poeta como Voltairine para verterlas a otro odionia. Concluye que el anarquismo quiere decir libertad para el alma como para el cuerpo en todas sus aspiraciones y evoluciones.

“Algunas palabras sobre los *métodos*. En el pasado los anarquistas se han excluido mutuamente también bajo este aspecto; los revolucionarios llamaban a los hombres de la paz con desprecio, “cuáqueros”, y los cuales anatematizabanlos en cambio diciéndoles “comunistas salvajes”.

“Esto está también en tren de ocurrir. Yo digo: todos los métodos corresponden a la capacidad y decisión del individuo”. Y da características de Tolstoi, de John Most, de Benjamín Tucker, de Pedro Kropotkin, de George Brown (Filadelfia; que preconiza la expropiación pacífica por las uniones federadas de los trabajadores”), de Bresci en su celda de presidio que es una tumba — “también a él, a él y su acto, lo acepto sin reserva, y me inclino en reconocimiento silente de la fuerza de ese hombre” — “porque hay algunos cuya naturaleza es la de pensar y defender y detenerse y sin embargo entrar al asalto y abrirse así un camino en el espíritu de los hombres de su tiempo — y hay otros que son rígidos y silenciosos, resueltos, implacables, como el sueño de dios de Judea — y esos hombres hieren — hieren una vez y han terminado. Pero su golpe resuena a través del mundo. Y como en una noche de cielo cubierto, preñado de tempestad, súbitamente un gran resplandor blanco se difunde en el cielo y dibuja claramente cada objeto, así al resplandor del pistoletazo de Bresci todo el mundo ha visto un instante la figura trágica del pueblo italiano, hambriendo, estropeado, confundido, degradado, asesinado, y en el momento en que tantos hombres temblaron de miedo, han ido también a los anarquistas a pedir que les dieran explicaciones. Centenares de millares de personas han leído más sobre la idea esos pocos días que nunca en su vida”.



“¿Se pide un método? ¿Preguntáis a la primavera cuál es su método? ¿Qué es más necesario, el sol o la lluvia? Ambos son contradictorios — sea, se destruyen — sí, pero es de esa destrucción de donde resultan las flores”.

“Elegid cada cual el método que exprese mejor vuestro Yo, y no condenéis a nadie, porque exprese su Yo de otro modo”.

“Cuántas discusiones, querellas y pérdidas de tiempo se economizarían desde hace tantos años si se siguiese tal consejo, poniendo en todo la cooperación, la coexistencia, la solidaridad, la tolerancia en lugar de la maldita concurrencia, del exclusivismo, del aislamiento altivo y pertinaz y de la intolerancia que amenudo crece en proporción a la próxima vecindad de un matiz con nuestra propia idea.

Voltairine de Cleyre había visto probablemente bien cuando habló de las relaciones casi instintivas de la idea comunista anarquista con la Comuna de la edad media. El lazo entre las dos fué la Comuna de París de 1871 que fascinó el interés de los revolucionarios y les hizo creer en una existencia mucho más fuerte de la idea de la Comuna autónoma y que se federase, que la del Estado en ese país de gran tradición revolucionaria que fué Francia. Se ha despreciado tal vez la excepción por la regla, y esa Comuna de 1871, que fué la resultante de acontecimientos y de corrientes completamente únicas y temporales, por la expresión de fuertes tendencias latentes que se despertarían, esta vez penetradas de espíritu y de voluntad verdaderamente comunistas libertarias. Esa esperanza, concebida sobre todo hacia 1880, no se ha realizado, y la producción moderna en proporciones enormes y de tendencia cada vez más fuerte, de expansión internacional tuvo por apoyo no la Comuna local, pacífica y que busca relaciones por la federación amistosa, sino el Estado armado hasta los dientes y que extendía, forzaba las relaciones internacionales por un imperialismo victorioso y aprovechable, a expensas de los más débiles. Si la vida económica se desarrolla en esos amplios cuadros, la revolución social debe atacar directamente ese gran armazón de los Estados imperialistas, y derribarlo, y si sus más fervientes adeptos quedan fascinados por los pequeños organismos de la Comuna y del grupo, se retardan, desmenuzan su energía y la historia pasa por sobre ellos, quedando ellos al margen, como los anarquistas de esas especializaciones excelentes, pero de alcances demasiado pequeños en las tempestades de la edad presente, quedan desde hace mucho tiempo ya — y así ocurrió que el primer derrumbe de un gran Estado, del Imperio ruso en 1917, no terminó más que en una usurpación socialista autoritaria y no en una reconstrucción federalista libertaria del enorme organismo social de Rusia.

Kropotkin ha comprendido eso en sus últimos días al dar su apoyo, en Rusia, a la Liga federalista, y al tratar de la revolución social próxima como lo ha hecho en la introducción de sus “Palabras de un Rebelde”, en ruso, diciembre de 1919, pero fué ya demasiado tarde, su voz no resonó en Rusia, esclava intelectual del estatismo bolchevista, ni en la mayor parte del mundo anarquista presente donde se queda sujetos a la antigua rutina intelectual.

Malatesta habría tenido muchas cosas que decir al respecto, pero cuando podía hablar aún en su revista, se le lanzaron constantemente objeciones rutinarias sobre algún detalle de las controversias sin fin, individualismo, organización, etc., se le hizo perder su esfuerzo en ese trabajo de Sísifo o de las Danaides y no se le ha dejado hasta aquí decir lo que quisiera y podría decir.

Es preciso siempre ir adelante, no reposar en los laureles, como se ha hecho con frecuencia, reposando en las ideas y en los folletos de Kropotkin o de Tucker. También Cafiero, uno de los fundadores intelectuales del comunismo anarquista en 1876 y en 1880, ha tratado de ver más lejos aún, como lo muestra quizás una observación suya, poco conocida de los lectores presentes, aunque la saco de un periódico de Buenos Aires, un poco viejo, es verdad, de “Una lettera inedita” publicada en el número 3 de “El Perseguido”, del 15 de junio de 1890. Escribiendo desde el manicomio de Florencia el 31 de marzo de 1883 “Ad Umberto di Savoia, primo d'Italia por la vigliaccheria, con sinceri auguri di morte sollecita e violenta”, dice:

...¿Por qué obstaculizáis (Humberto y el Papa) la tendencia natural de todo hombre hacia lo absoluto que es la infinita sabiduría, voluntad y potencia de todos en cada uno y de cada uno en todos, que es el infinito bien, la infinita belleza, la fuerza infinita, que es la anarquía, aquella anarquía que os causa tanto miedo, más arriba aún, la amorfia?...

El pobre enfermo encerrado, había, pues, marchado hacia adelante y más alto; en su espíritu se había formado un ideal superior aún a la anarquía, que él llama la amorfia... (¿Hay otros documentos sobre este detalle? Quisiera saberlo).

En fin, nosotros, que no estamos en el manicomio y que hemos tenido tantos años de reposo intelectual, cuando Kropotkin y otros han pensado por nosotros, ¿no debemos comenzar a pensar también, a ensanchar nuestras concepciones, a verificarlas a la luz del mundo nuevo que nos rodea, cincuenta años después de 1876 y de 1880? Voltairine hizo un valeroso esfuerzo con su conferencia de 1901, como lo había hecho Ricardo Mella con su informe al congreso internacional de 1900 proponiendo igualmente renunciar al acoplamiento permanente de la anarquía con una especialización económica que hace de los anarquistas adherentes a otras especializaciones de ese género, adversarios abiertos o velados, y no camaradas francos y bienvenidos que usan del mismo derecho que nosotros, del de la elección libre de sus opiniones.

No me detendré en la discusión de otras partes de la obra de Voltairine de Cleyre, que fué en todo lo que ha dicho y hecho, verdaderamente de las mejores entre nosotros y aun de las más modestas, una de las más armoniosas encarnaciones de la gran idea de la vida y del espíritu libres. Ojalá se haga todavía mucho para hacérsela conocer mejor, para conservar su obra y hacer planear sobre nosotros su espíritu a la vez triste y sereno, fuerte y suave, matizado y claro.

16 DE FEBRERO DE 1928.



R. BARRETT

PAGINAS OLVIDADAS

## La cuestión social

(Véase el número anterior)

Los que transportan cuartos de reses no resisten tres años. En los frigoríficos, el período máximo de resistencia, a causa de los reumatismos, no llega a cinco años. Las mujeres, que manejan latas de carne de 14 kilos, se enferman todas de la matriz. A veces se cae un obrero a uno de los grandes tanques de extraer grasa, rodeados de denso vapor y es inútil buscarle... “Su carne y sus huesos han ido mezclados con los demás materiales de los tanques y se han vendido como manteca pura de la casa Durham”. (La Jungle). El último ciclo del infierno de “Packingtown” es la fábrica de abonos, pero hago gracia de él a mis lectores. Semejantes extremos de miseria humana corresponden a la concentración de capitales, más temible anónima que personal, a los “trust”, de quienes depende hoy el 50 por ciento de la producción industrial del mundo, a la delirante idolatría de la riqueza. Nada tan simbólico, en la “Relentless City”, como esas damas de la Avenida de los “millardarios”, que han puesto la moda de retratarse en estatuas macizas de oro puro, y de tamaño natural... Notemos por fin que la máquina, “en cada caso” desaloja al trabajador. Hace ya diez años que el comisariado general del trabajo de los Estados Unidos verificaba que “para la fabricación de instrumentos aratorios se necesitarían antes 2.145 obreros de diferentes aptitudes para producir tanto como producen hoy con ayuda de máquinas 600 obreros de aptitud ordinaria. En la fabricación de pequeñas armas de fuego, un hombre con una máquina reemplaza a 50. La fabricación de ladrillos suprime hoy el 10 por ciento de trabajadores, y la de tejas el 40 por ciento. En la zapatería 100 hombres producen tanto como producían anteriormente 500. En cierta clase de calzado, la máquina ha suprimido el 50 por 100 de los obreros”. Añadamos los nuevos telares mecánicos, las nuevas máquinas agrícolas, los linotipos, etc. Para formarse idea de lo que será la industria en un porvenir no lejano, conviene leer la descripción que hace Daniel Berthelot de la usina de la Sociedad de Electricidad de Saint-Denis, de la “enorme nave... más vasta que una catedral... donde se divisan, perdidos en aquella inmensidad, un hombre o dos, que, silenciosamente, dan vuelta a un tornillo, o mueven una manija... Un hombre solo basta para regular la descarga de ochenta mil kilogramos de carbón por hora.

Dentro, pues, de cierta esfera, quizá imperfectamente definida por él, las consecuencias de Marx son justas. Claro que los factores marxianos están lejos de ser los únicos factores históricos. Las tendencias psicológicas analizadas por Tarde, el papel que desempeñan los “héroes” según Carlyle, la influencia de los genios, cuya aparición misteriosa fecunda los siglos, el vasto residuo irreductible que llamamos azar, todo eso, en la hipótesis de que Dios no se ocupa de nosotros, es también realidad que trabaja. Limitar el marxismo no es empequeñecer-

lo, sino valorizarlo, hacerlo eficaz. ¿Acaso las leyes físicas no nacen del ambiente artificial de los laboratorios, y no son, consideradas separadamente, una realidad falsa, pero indispensable para comprender o empezar a comprender la realidad verdadera? Los destinos del marxismo son análogos a los del darwinismo. Después de unos cuantos lustros, hemos reconocido que los factores darwinianos son insuficientes para explicar la biología. Hemos descubierto que las especies nuevas pueden surgir de pronto: “¡natura facit saltum!” Nos hemos dado cuenta de que al lado de los fenómenos en que se retrata la lucha por la supervivencia del más fuerte o del más apto, hay fenómenos de asociación, de simbiosis, de alianzas en que el débil subsiste y colabora. Los volúmenes de “Zoología experimental” que publica Hans Przibram ofrecen al curioso varias categorías de hechos adversos a la teoría de selección. Estas limitaciones del darwinismo le confieren su valor práctico y definitivo. Marx, con su concepto de la lucha de clases y del materialismo histórico, nos ha provisto de un método fértil y seguro, a condición de aplicarlo cuando se debe. ¿Y qué historiador de nuestros días no lo emplea, de Rodgers a Ferrero? La tesis de Marx, en su terreno propio, es tan inatacable como la química de la digestión en fisiología.

En lo que estoy de acuerdo con Ritter es en juzgar poco importante la transcendencia del marxismo en la “acción” humana. El razonamiento no crea energía. La razón será lo que se quiera, menos un motor. ¿En qué puede vigorizar al proletariado la idea del determinismo económico? ¿Obedecerían mejor los astros a la ley de Newton, si tuviesen conciencia de ella? ¿Caería de otro modo el guijarro, si supiera que tiene que caer? De aquí la evolución del marxismo de combate. El proletariado, después de adquirir, según la bella frase de Pelloutier, “la ciencia de su desgracia”, se inclina a cultivar los elementos que le prometen el triunfo, que se lo prometerían y tal vez se lo procurarían aunque se tratara de un triunfo ilógico: la disciplina y la fe. De aquí el abandono, más o menos pronunciado, en relación a la psicología de cada pueblo, de las controversias sociológicas y de las discusiones parlamentarias. De aquí el abandono, más o menos pronunciado, en relación a la psicología de cada pueblo, de las controversias sociológicas y de las discusiones parlamentarias. De aquí el sindicalismo, invasión reciente y formidable de algo que no es ya una teoría, sino una táctica austera. El carácter del movimiento es religioso; las grandes transformaciones sociales no se llevan a cabo sin estas magníficas epidemias de fe y de esperanza. En uno de sus primeros libros — “L'Europa Giovane” — Ferrero había observado que “la verdadera forma nueva de la religión es el socialismo alemán”. Sorel dice que la huelga general es el “mito” del sindicalismo, y Prezzolini añade: “como del mito del Reino de los Cielos salió la Iglesia Católica, así del mito de la Huelga General saldrá la nueva Sociedad Proletaria”. ¿Y qué es el futuro, sino



e! Reino de los Cielos venido por fin a la tierra?

El doctor Ritter presenta con mucha claridad y excelente información el sindicalismo. Pondré tan sólo dos reparos a esta parte de su estudio, que en mi entender es la mejor, y por causas que ignoro ha quedado trunca. La educación del obrero en los sindicatos es, para el doctor Ritter, ilusoria en cuanto al arte de dirigir empresas. "¿Qué cosa pueden aprender en su sindicato los estibadores en cuanto a la explotación complicadísima de la navegación transatlántica, etc...?" El doctor Ritter, por su escasa fe, se ahoga en un vaso de agua. Cuando los proletarios dispongan de los medios de producción, el arreglo mutuo para la marcha del trabajo será asunto baladí. Los obreros se encontrarán en su puesto, combinados y encadenados por la faena cotidiana. El estibador y el maquinista y el capitán y el gerente seguirán en consorcio mutuo, si así lo desean, y la navegación transatlántica, si así conviene, seguirá funcionando, precisamente porque todo lo que en el mundo obra es trabajo, y nada más que trabajo. Suprimir el capital no es suprimir a los trabajadores, sean gerentes de empresas o sean simples mozos de cordel. Suprimir el oro no es suprimir la fuerza ni el talento; es libertarlos. Concedamos crédito a la difusión de la sabiduría y sobre todo a los recursos de la naturaleza. Aquellos bárbaros que improvisaron la revolución francesa fundaron la política contemporánea. ¿En dónde aprendieron la explotación complicadísima de la industria de gobernar? Cuando la humanidad está de parto, confiemos en lo invisible. No nos aflijamos de que no se enseñe a parir a las madres.

Al doctor Ritter le extraña que los sindicalistas "profesen el mismo ideal que cualquier fabricante de tejidos: el de la más grande producción", y a mí me extrañan esas líneas del doctor Ritter. El profesor Novicow, que suele burlarse cruelmente de los socialistas de todo matiz, declara, después de compulsar estadísticas, que los nueve décimos del género humano padecen en mayor o menor grado el hambre y el frío. De diez semejantes nuestros, nueve no se alimentan ni se visten lo bastante. Seamos, pues, "prosaicos" hasta el punto de exigir la más grande producción de ropas y de pan, y no temamos profesar los ideales del burgués, el cual no se preocupa de las necesidades ajenas ni de la más grande producción, sino de la más grande ganancia que es a veces lo contrario. En esta sociedad absurda y hambrienta, ocurre que un exceso de pan ocasiona desastres! Cuentan los biógrafos de Fourier, que "hallándose en Marsella, los dueños del establecimiento en que servía diéronle el encargo de arrojar al mar un considerable cargamento de arroz que habían dejado pudrir con el único fin de mantener el alto precio a que por entonces se vendían en Francia los artículos de primera necesidad".

Y es desde aquel día que Fourier, lleno de noble ira, se consagró por entero a su apostolado reformador.

\*\*\* y la violencia.

X Dos palabras sobre el anarquismo. No hay que hacerse ilusiones; una clase crece siempre más de prisa en fuerza material que en fuerza moral. El proletariado, al volverse más fuerte, se vuelve más violento. Por desdicha, es probable que triunfe por la violencia, como han triunfado en la historia todas las renovaciones humanas. Ante la venidera revolución, sólo cabe esperar, según esperamos los que tenemos fe en nuestro destino, que se sustituyan las

violencias estériles por las violencias fecundas.

El anarquismo, extrema izquierda del alud emancipador, representa el genio social moderno en su actitud de suma rebeldía. No haré a mis lectores la ofensa de suponerles capaces de confundir, a semejanza de lo que "fingen" muchos burgueses interesados, "anarquista" y "dinamitero". Sería pueril temer que Anatole France, anarquista intelectual, o León Tolstoy, anarquista místico, nos lancen alguna bomba. Hay una cosa quizá más grave que los explosivos; es la crítica anarquista, la lógica implacable de los que han condensado su método en la famosa fórmula de Bakounine: "destruir es crear".

Se condena la violencia, pero somos hijos de ella, y por ella nos defendemos de los criminales y de los locos, y mediante ella dominamos los espasmos del mar y del viento. Eliminar la violencia es un quimérico ideal; el mundo tiene un aspecto mecánico, en que necesariamente sobreviven las energías, no por ser más justas, sino por ser mayores. Nuestro ideal no debe ser suprimir la violencia, sino juntarla con la justicia; desprenderla del pasado, y vincularla al porvenir. Los trabajadores han experimentado la eficacia decisiva de la violencia. Jamás han mejorado su situación por el altruismo de los capitalistas, sino por su miedo. "En Francia, dice Buyl, la legislación social ha sido impuesta pieza a pieza por los movimientos de la calle o por la agitación de las reuniones y de la prensa... Cuando Waldeck Rousseau proclamó la legalidad de los sindicatos, estaban ya en pleno desarrollo, a despecho de las prohibiciones legislativas... El proyecto de la jornada de ocho horas en las minas se aprobó en plena movilización del ejército de hulleros... No se hubiera llegado en Inglaterra a fijar la duración de la jornada legal en las minas sin la imponente organización y la periodicidad de los congresos obreros que allí trabajaban". ¿Acaso hubiera hecho Rusia lo que ha hecho en favor de las masas populares sin el levantamiento de 1905?

Confesémoslo: la violencia hizo prosperar más a las sociedades de resistencia que el dinero mismo. Los mecánicos ingleses gastaron veintisiete millones en socorros, y perdieron la huelga. ¡Ay de los trabajadores el día en que dejen de inspirar terror y no dispongan de otras armas que el llamamiento a la compasión y a la equidad! X Merced al terror han conseguido tratar con los patronos de poder a poder. El relato que hace Yvevot del caso de los "dockers" de Cete es instructivo: "Los patronos, pensando influir sobre el ánimo de los obreros, les invitaron a una entrevista patronal para terminar la huelga.

"Una corta comisión del sindicato, compuesta de hombres sólidos, se presentó. Su contacto no agradaba a los explotadores, que pensaban acabar pronto aturdiéndoles con promesas y subyugándoles por intimidación.

"Después de un rato de discusión seria, sin resultado, los patronos querían despedir a sus invitados, pero éstos cerraron las puertas y declararon a los patronos que no saldrían de allí sin el convenio firmado por ellos, como deseaban los obreros.

"Enseguida los delegados obreros se pusieron a fumar, a hablar y a cantar, como si estuvieran de sobremesa en un banquete.

"En vista de aquella actitud extraña pero enérgica, los patronos, aburridos y asustados, se sometieron y firmaron, haciendo después honor a sus firmas.

"Aquellos patronos comprendieron que trataban con hombres".

Las uniones gremiales han alcanzado tal prestigio,

que se ha visto en Inglaterra a los obreros del algodón intervenir como árbitros entre los importadores y fabricantes, solucionando el conflicto que se les sometió. Señalemos las generosas iniciativas de los sindicatos, la institución de las "sopas comunistas", y del éxodo de los hijos de los huelguistas a las casas de trabajadores de otros lugares. Pues bien, tengamos el valor de reconocer que esa potencia, esa especie de autoridad, esa dignificación del proletariado son en parte producidas por la violencia, el boycott, la huelga, las batallas con la policía, el sabotaje, el incendio y la bomba!

¡La bomba! ¡El crimen! Sí; mi sensibilidad se subleva ante el gesto del asesino. Yo concibo sacrificar mi existencia, pero no la ajena. Yo llevo clavada en el alma, como un dardo de luz, la persuasión de que lo esencial no es aplastar los cerebros, sino poblarlos. Y sin embargo, me pregunto a veces si mi corazón se equivoca, si es necesario quizás a la humanidad, para que siga marchando, como lo era a Beaumanois para seguir combatiendo, beber su propia sangre. Me pregunto con tristeza infinita si es necesario herir y hendir pronto, buscar el futuro y arrancarlo de las entrañas de su madre muerta.

¿Crimen? Sí, y malditos seamos nosotros, hijos del crimen, padres del crimen. Pero si hay diferencias en el crimen, yo digo que el de los anarquistas que hacen la "propaganda de la acción", el de los que matan por la idea, por "amor" — ¡horrible paradoja! — el de los que eligen ser a un tiempo verdugos y mártires, es un crimen más respetable que los crímenes de tantos "héroes" cuyas estatuas se yerguen en las plazas públicas.

Los atentados anarquistas, que suelen ser pura consecuencia de los atentados de los gobiernos, se suprimen con una ferocidad insensata, causa de nuevos atentados de la oculta desesperación universal. En Rusia, donde no hay pena de muerte para los delitos comunes, se considera el anarquismo delito político. Allí, de 1905 a la fecha, TRES MILLONES de personas han sido ahorcadas, confinadas o deportadas. En otros países, donde no hay pena de muerte para los delitos políticos, se considera el anarquismo delito común. Se instala el estado de sitio, los procedimientos inquisitoriales, se dictan leyes "ad hoc", se viola la ley. Recordad los siniestros procesos de Montjuich, en que perecieron docenas de inocentes. Recordad a Ferrer. Hace pocos meses que en Buenos Aires, con motivo del asesinato del coronel Falcón, mil quinientos o dos mil proletarios fueron perseguidos. Dos mil familias cayeron en la miseria. Y no recojo los rumores insistentes de fusilamientos en los calabozos, de ataúdes sacados de las cárceles en el silencio y las tinieblas de la noche.

El anarquista de acción es el fanático extraviado por la exaltación suprema. Su tipo es análogo al de los primeros cristianos, sedientos de muerte. Aquellos morían. Estos mueren, pero después de matar. Desengañémonos, el hombre adora lo trágico. Los anarquistas dan su tono poderosamente sombrío al cuadro de la emancipación proletaria. El grito de la dinamita es el del vapor que a través de las válvulas revela la incalculable presión de las calderas. Y, ¡detalle curioso!, el antagonismo entre anarquistas y socialistas es la última carta de la burguesía. La gran Internacional, que hizo vacilar a Europa, fracasó por la divergencia entre los discípulos de Marx y los de Bakounine. Si la actual Internacional lograra realizar la unión de las dos ramas



CRUCIFIXION

en el terreno relativamente neutro del sindicalismo, los minutos que le restan de vida a la sociedad capitalista estarían contados.

III

LA CUESTION SOCIAL EN EL PARAGUAY

Que haya cuestión social en el Paraguay le parece al doctor Ritter una broma de mal género.

"¿En el Paraguay, dice, en el Paraguay, cuyas tres partes no han salido todavía de la economía natural? ¿donde una gran cantidad de relaciones jurídicas y económicas: arrendamiento, locación de servicios, compraventa, se rigen, no por la ley escrita, sino por la costumbre, y se liquidan, no con dinero, sino "in natura"? ¿En el Paraguay donde en todo tiempo, fuera del de la crisis, la demanda de brazos supera la oferta, de suerte que es el obrero quien impone sus condiciones y exigencias a los patronos y no al revés? ¿En el Paraguay, donde el carpintero, albañil y cualquier obrero manual gana el doble y el triple del maestro de escuela, del empleado público, del periodista?... ¿Cuestión social, aquí en el Paraguay? ¡Vaya... vaya!..."

No veo sino un modo de que no hubiese cuestión social en el Paraguay, y es que la sociedad para-



guaya fuese perfecta. ¿La cree perfecta el doctor Ritter? ¿Se puede negar el estado miserable de la población? Recientemente, un adversario me atribuyó el aserto de que el Paraguay es el pueblo más hambriento de la tierra. Yo no he aludido al hambre, sino a la alimentación deficiente, lo que es muy distinto. La alimentación tiene que servir para algo más que para matar el hambre. El campesino paraguayo se nutre de maíz, mandioca, un poco de sebo y carne vieja y un puñado de naranjas. Lo que contribuye a mantenerlo en su abatimiento semipatológico, no es precisamente la escasez, sino la odiosa uniformidad de su comida. Hay en Europa presidios en que el "menú" es más variado que el de nuestros trabajadores, y no obstante ocasiona, si no se cambia de cuando en cuando, esa inanición especial de las cárceles. No insistamos porque sería cruel, en el abandono de las masas, en su ignorancia, en su a veces bochornosa resignación. ¡Pobres paraguayos, desvalijados por abogados y procuradores, apaleados por los jefes políticos, arreados a patadas al cuartel! ¡Cuántas dolencias sufre este noble país, donde, según el doctor Ritter, no hay cuestión social!

Si el carpintero gana más que el maestro de escuela y que el empleado público, deduciremos simplemente que también hay una cuestión social para los empleados y para los maestros de escuela. En todas las naciones se agrega al proletariado obrero el proletariado de los intelectuales y el de los funcionarios.

Es inevitable la cuestión social donde rige el principio de la propiedad privada. Admitimos que el Paraguay no padece hoy los excesos del capitalismo. Mañana los padecerá, traídos forzosamente por lo que llamamos democracia, civilización, progreso. El planteo de la cuestión social sería tanto más ventajoso cuanto que es siempre más fácil prevenir que curar. La renovación humana podría ser aquí una evolución, y no una revolución. Al lado tenemos los argentinos; hace pocos años eran sus condiciones económicas semejantes a las nuestras. Y ya han entrado en la era de la dinamita.

Pero ni siquiera nos es permitido consolarnos con la "envidiable" situación del operario paraguayo. A las costureras de blanco se las paga en Asunción tres pesos papel por una docena de camisas de hombre. El comerciante lucra el 500 o 600 por 100. Harto estoy de escandalizarme del sueldo de los peones de estancia, condenados a la ruda faena del rodeo y del lazo, pasándose días en ayunas y al sol: veinte pesos, ocho francos al mes! Y los obrajes, los quebrachales, los yerbales... He denunciado al público, en 1908, que 15.000 paraguayos son esclavizados, saqueados, torturados y asesinados en los yerbales del Paraguay, de la Argentina y del Brasil. Nadie manifestó el menor afán de verificar los hechos y remediar tanta infamia. Ni el gobierno cívico ni el radical se ocupó del asunto. ¿Paraguayos esclavizados? ¡Valiente novedad! El "patriotismo" tiene otros negocios que atender. El único ciudadano — ironías de la suerte! — que se dirigía a las autoridades — vanamente, reclamando ayuda para los parias del Alto Paraná, era... monseñor Bogarin, a quien oí decir en broma una vez: "lo que necesitan aquellos infelices es que les visiten unos cuantos anarquistas". Las publicaciones de Julián Bouvier, desde Posadas, y las mías, decidieron al gabinete argentino a enviar una comisión que examinara los yerbales de Misiones. Más ha de agradecer el proletariado paraguayo a los gobiernos extranjeros que al suyo.

Convenga el doctor Ritter que si los obreros de los yerbales se hubiesen organizado en sindicatos, habría una gran vergüenza menos en América.

Escribe le doctor Ritter: "Aquí, en el Paraguay, siempre atrasado (¿lo "adelantado" es conformarse con el capitalismo?) algunos intelectuales, hace poco, han procurado importar el socialismo, pero como era de prever, sin ningún resultado".

No conviene juzgar precipitadamente la influencia de las propagandas. El porvenir dirá. Observaré tan sólo que habría deseado que el gobierno, compartiendo la opinión del doctor Ritter, no me hubiera dado importancia. Me hubiese ahorrado así dos meses de hospital en Montevideo.

Ni el Paraguay, ni el último rincón del globo se sustraen ni se sustraerán a un movimiento humano de la trascendencia de la emancipación económica. Se trata de una ola más alta y más profunda que la extensión del cristianismo en los siglos XV y XVI, que a la extensión de la democracia en el siglo XIX. Es el clima social del planeta lo que se transforma; aunque alcéis en torno vuestro muros de diez millas, no detendréis la primavera! Nada detendrá la marcha del pensamiento en busca del dolor, y el dolor está en todas partes. Nada detendrá al Tiempo...

Ojalá que un día, el espíritu amplio y penetrante del doctor Ritter, cediendo a la fe, madre de las cosas, acabe por acompañarnos en nuestra ascensión a la luz!

YABEBYRI, DICIEMBRE, 1910. —  
SAN BERNARDINO, MARZO, 1911.

### NUMERO ESPECIAL

El próximo número del SUPLEMENTO, que aparecerá el 30 del corriente, será dedicado a recordar la vida y las ideas de M. González Prada, el gran escritor peruano, uno de los primeros representantes del anarquismo en el Perú y uno de los más nobles y elevados cerebros de América.

El 22 de julio del año corriente hará diez años que ha muerto el redactor de "Los Parias" de Lima. Las nuevas generaciones no conocen a esa gran figura y vale la pena que la conozcan.

Además, nosotros pretendemos que ese número especial de esta revista sirva para recordar en toda América el décimo aniversario de la muerte de González Prada, como una acusación contra el espíritu dominante en el Perú político y oficial, porque nombrar a González Prada es tanto como abofetear a Augusto Leguía y a sus lacayos.

A los amigos recomendamos la mayor difusión de este número, que no será la última ocasión que se nos presente, de seguro, para dar a conocer a nuestros lectores la obra del gran escritor y del noble militante de la verdad y la justicia.

PAUL RECLUS

## RECUERDOS SOBRE LOS RECLUS

Los más lejanos recuerdos que yo tengo de las familias Reclus, que habitaban en París bajo el mismo techo, se refieren a las reuniones de amigos que tenían lugar en su casa una vez por semana. Calle de la Plaine, Square des Batignolles, rue des Feuillantines; veo el mismo salón, en el quinto piso, con ventanas que se abrían sobre un balcón. Nosotros, los niños, éramos admitidos algunos minutos antes de ir a dormir. La mayoría de las personas eran amigos parisienses, aquellos cuyos nombres se encuentran en la "Correspondence", y otros de los cuales reconozco las figuras, al recorrer viejos álbums: Grimard, Boscowitz, que sobrevivieron a los Reclus; Ardouin, Hickel, llevados antes de 1870; Melville-Bloncourt, Bataillard, Kergomard, Verdier, Mancel, los Huet, los Chato, los Chabanne, Mme. Champseix, todos "democ-soes", según la jerga de la época, cooperadores, feministas; además, extranjeros establecidos en París a consecuencia de los acontecimientos de ese período en Rusia, en Polonia, en Italia, en España, en los Estados Unidos, tales como Fedor Toman, Herzen, Garrido, Berti Calura, Ostroga, Sokolof, Mme. Chinchia; había también elementos atraídos por la geografía: exploradores o viajeros; me recuerdo entre otros, de un príncipe de los bassutos, que hablaba algunas palabras de inglés; lo veo aun, sentado a la izquierda de la chimenea, cantándonos una poesía de su país.

Mis recuerdos se precisan un poco hacia 1868; tenía entonces diez años. El más joven de los hermanos Reclus, Paul, estudiante de medicina, había ido a vivir con los hermanos mayores; en el mismo departamento de la rue des Feuillantines había encontrado un lugar también una estudiante americana, miss Putnam, más tarde Dr. Putnam-Jacoby, y por un breve espacio de tiempo las dos hermanas gemelas, tan difíciles de distinguir, las misses Pope y Garrett (Dr. Garrett-Anderson).

Hay que notar al respecto del espíritu que animaba a los asiduos de ese lugar de reunión que muy pocos de ellos se convirtieron en hombres políticos bajo la tercera república; excepción hecha de Aristide Rey, Germain Gasse, Alfred Naquet.

Más tarde, en el destierro, no habitando juntos los dos hermanos, mi padre, Elías, siguió la tradición. En Zurich el círculo de los amigos fué forzosamente restringido: la viuda y los hijos de Herzen, una vez al mes Bakunin, la familia Heim, los Mequet, etc.; después, en Londres, los Heath, los Oswald, los Cassal, Dr. Martín Guerault, Jeanne Deroin, etc. Después de la amnistía, en París, sucesivamente en rue Monge y en boulevard Port-Royal, los lunes de los Reclus fueron muy concurridos. Viejos desterrados del 51, vueltos a Francia después del 70, amigos de la infancia, se encontraron mezclados con las nuevas generaciones, los Talandier, los Balagué, el père Leblanc, los de Brugière, los Lefrancs, etc. En Bruselas las veladas de conversación se tenían alternativamente en casa de uno o en casa

de otro de los hermanos y en casa de su hermana, Mme. Dumesnil, pues los tres departamentos estaban en una inmediata vecindad.

Para volver a mis lejanas impresiones de la familia, debo citar la de Eliseo, instalado en su mesa de trabajo. Cantaba continuamente, no un aire a la moda, sino una modulación un poco sorda que se repetía indefinidamente; parecía ser esencial a la redacción de su prosa, independiente de su estado de espíritu, porque la misma cantinela salía de sus labios junto al lecho de muerte de su mujer. No recuerdo que esa manía haya persistido en Clarens; había, ciertamente, cesado en Bruselas.

Por su parte, hasta la edad de 50 años Elías trabajaba de pie; hacía uso de una especie de mesa de dibujo inclinada, lo cual necesitaba disposiciones particulares para el tintero y otros utensilios; un recipiente para la cola lo era esencial, porque fabricaba él mismo una cantidad de cartonajes, de cajas para clasificar sus notas y de carpetas. A menudo escribía con lápiz, encolaba sus papeles uno a continuación del otro y componía su artículo sobre una faja de que no se veía el fin. Su composición era lenta; sus trabajos manuales le daban tiempo para la reflexión; raspaba, recomenzaba, echaba al canasto y nunca estaba satisfecho de la forma. Muy a menudo mi madre tenía que intervenir y copiaba para expedirlo el artículo que debía hacer hervir el recipiente de la cola. Sin embargo, la mayor parte de la correspondencia mensual que escribía, del 62 al 76, para una revista rusa, es de su mano. Hacía una copia con la prensa, y es así como tengo más de diez mil páginas de texto manuscrito que no ha visto la luz más que en idioma ruso, y eso lo que la censura dejó pasar. Firmaba raramente con su nombre; para Rusia era Jacques Lefréne, en otras partes Michel Trigant, luego aun Croque-Notes o Bonhomme Simplicite.

Todo lo contrario de su hermano mayor, Eliseo no corregía mucho su texto primero; hallaba bastante fácilmente la forma escrita cuando la idea se había formado en su cerebro. Trabajaba con una regularidad notable, dejándose muy difícilmente desviar por los acontecimientos diarios: "cada día su página" era su línea de conducta, y esa página podía escribirse a lápiz en las situaciones más inverosímiles, en una parada del tren, en una sala de espera, en un rincón de la mesa del albergue. Tenía un bolsillo de chaleco dispuesto a la manera de cartuchera tcherkesa; todo un arsenal de lápices diversos. Su memoria era prodigiosa; para verificar una cita, se levantaba del escritorio, tomaba en la biblioteca el libro exacto, lo abría en la página querida y volvía a su puesto en un instante.

A partir del momento en que la Nueva Geografía comenzó a aparecer, Eliseo debió hacerse ayudar, pero la redacción quedó siempre y enteramente en sus manos. Su manuscrito, poco raspado, no tenía necesidad de ser copiado de nuevo para ir a la imprenta. Por otra parte, en Clarens tenía necesidad sin cesar:





SALIDA DEL TRABAJO

de libros y de mapas; los retiraba de las bibliotecas de Ginebra y de Neuchâtel; había así un vaivén continuo de obras. El trabajo que necesitaba ese cambio, la corrección de las pruebas, la ordenación de los documentos eran asegurados por un secretario. Este fué el excelente amigo, el "communard" Gustave Lefrancais, luego, cuando éste volvió a Francia, fué León Metchnikof, hasta su muerte, y después Henri Sensine. Metchnikof murió en junio de 1888 en condiciones muy penosas. Herido con Garibaldi, tenía una pierna acortada; la llaga se reabrió y el amigo tuvo una agonía que duró meses; suplicó a Eliseo que le ayudase a morir, que le diera fuerza para suicidarse...

Por otro lado, para cada uno de sus volúmenes Eliseo se aconsejaba de un hombre conocedor de los países descritos. Sucesivamente Dragomanof, para Rusia, Kropotkin para Siberia, Metchnikof para el Extremo Oriente, le dieron los consejos pedidos. Además, cada uno de ellos es agradecido en los volúmenes correspondientes, así como Perrón el cartógrafo, Slom el dibujante de muchos grabados, y otros aún.

Del 90 al 94, durante los pocos años que pasó en Sievres y en Bourg-la-Reine, Eliseo tuvo como secretaria a Mme. Kontchevsky, hija de Metchnikof, y a su marido; por lo demás, la documentación de los últimos volúmenes de la Geografía estaba lista desde Clarens. En Bruselas fué su hermana Louise, viuda desde el 94, la que fué a ayudarlo, y la que, a partir de la muerte de la más joven de las hijas de Eliseo, en el 97, dirigió la educación de tres de los nietos de Eliseo.

La preparación de las lecciones que daba en la Université Nouvelle se confundía con la de su última obra: "El Hombre y la Tierra". En general, por la mañana se consagraba a su trabajo de gabinete;

por la tarde iba al Instituto de Geografía, donde Passeron era su colaborador más íntimo; por la noche leía. ¿Se sentía envejecer en 1903? Había aceptado el volver a escribir para la casa Hachette la "Introducción al diccionario de las comunas de Francia", cuya primera edición, del 69, estaba firmada por Elías y Eliseo Reclus; el manuscrito de su obra "El Hombre y la Tierra" se terminaba y había que proceder a la cocina editorial... En una palabra, me pidió que fuese a ayudarlo, lo que hice desde octubre de 1903 hasta su muerte, en julio de 1905.

En mi infancia, habitábamos juntos; en su vejez, trabajamos juntos, y del 70 a 1903 raros son los años en los cuales no pasé algunos días con él. Me recuerdo de carreras hechas en común en los alrededores de Lugano, en los Alpes berneses, en Normandía y sobre todo en el 84 un viaje de Malta a Orán, que implicó la travesía a pie (con un asno para los bagajes) del macizo montañoso entre Túnez y Argelia, y de otra corrida a través de la Gran Kabilia. En esa época, era excelente andador. Su hija me cuenta cómo jugaba al escondite con los niños y trepaba a los árboles cuando se veía perseguido. Debía tener unos cincuenta años el día que vino a asistir a una lección de gimnasia que tomábamos, sus futuros yernos, Regnier, Cuisinier y yo; vé a Regnier dar un salto peligroso lanzado sobre el trampolín; eso le entusiasma e inmediatamente helo ahí que parte para ejecutar la misma prueba...

En sus recuerdos sobre Elías, Eliseo ha descrito el incomparable Vascoeuil, tan a menudo mencionado en la "Correspondence". Alfred Dumesnil, yerno de Michelet, suplente de Edgar Quinet en el Colegio de Francia, después secretario de Lamartine, era, además, jardinero apasionado y emérito, Viudo en 1854, y al buscar una maestra para sus hijos que crecían, encontró a los Reclus en casa de un socialista parisiense, Fauvety, Louise Reclus, de paso entre Escocia y el Bearn, estaba con sus hermanos. Se convinieron pronto y Louise partió para Vascoeuil. Relaciones amistosas, luego fraternales, se establecieron entre Dumesnil y los hermanos Reclus. Después una pequeña organización, comunista por decirlo así, los reunió. Los de París, los hijos con más frecuencia que los padres, los amigos tanto como los parientes, iban al campo por temporadas indeterminadas y pagaban su parte. La naturaleza exuberante de la región, la proximidad de un admirable bosque de hayas, la vasta inteligencia y la gran bondad de su huésped hacían de Vascoeuil un paraje realmente encantador. En la alta torreilla, Elías ha escrito más de una "Fisonomía vegetal" y Eliseo más de un capítulo de "Historia de un Arroyo".

Entre los visitantes parisienses, los Grimard, los Bertillon y la tribu de los Reclus, por una parte, y por otro Dumesnil y sus amigos rouenneses, los Noel, los Pouchet, los Pennetier, reinaba una suficiente concordancia al mismo tiempo que una suficiente divergencia de caracteres y de ideas, para que las discusiones fuesen hechas fructuosas; y no cabe duda que el jardín de Vascoeuil, tanto como los lunes de París, han contribuido al desarrollo intelectual de los dos hermanos Reclus.

En esas conversaciones, ellos aportaban algunas cualidades adquiridas de nacimiento o que debían a su ambiente inicial. La madre era marcadamente una mujer literaria y la mayor parte de los hijos han tenido la habilidad de la "buena escritura". Eliseo, su hermana Lois, su hermano Paul han escrito al correr de la pluma; Elías y Onésimo han tenido una composición más trabajada, más imaginaria y a veces más atormentada.

La influencia del padre se vuelve a encontrar sobre todo, por vía directa, en la formación de los caracteres, y por vía contraria en la formación de sus opiniones. Los niños no podían menos de tener un profundo respeto por su ardiente sinceridad y su bondad sin límites; no podían tampoco menos de rechazar la creencia ciega que él tenía en las "Santas escrituras". La tradición bíblica era, para él, verdadera hasta la última jota; no ignoraba de ningún modo los descubrimientos que se hacían en la época en el mundo científico y que daban una base a la doctrina de la evolución, pero no quería ver en eso más que expresiones del Espíritu maligno. Los hijos mayores, y después todos los hermanos y las hermanas, hicieron una distinción muy clara entre los actos que veían hacer a su padre y que les estimulaban a obrar lo mismo, y las palabras que emitía, contra las cuales se rebelaba su entendimiento. El padre Reclus tenía una fraternidad activa a que ninguno de sus hijos ha podido llegar.

He aquí un hecho que Eliseo contó en 1886, en el entierro de su madre, al pastor de Orthez, Monier, sucesor de Reclus y que éste me repitió. Habiendo constatado el padre que se habían "robado" patatas en su campo, desenterró a su vez una cierta cantidad y fué a colocarlas por la noche en el borde del camino "a fin de que los que tienen necesidad puedan tomarlas sin robarlas". "Muy bien, decía Eliseo a M. Monier, yo me reconozco en eso", pero agregó: "Mi padre era dirigido por la idea bíblica de lo tuyo y de lo mío, de otro modo hubiese dejado los tubérculos en la tierra hasta emplearlos, antes que exponerlos a las inmundicias". Sin duda, pero Elías y Eliseo no han practicado nunca su doctrina tan bien como su padre, por absurda que fuese la creencia de éste.

Por su conducta de todos los días, el padre Reclus era un comunista efectivo; por la dimisión que hizo de sus funciones de pastor en 1831 era un anarquista en germen. Por su personalidad entera, inspiraba confianza a todo hombre de corazón recto, cualesquiera que fuesen sus opiniones, y sus hijos tuvieron el don de esparcir esa atmósfera apacible en su surco. Cristianos o ateos, anarquistas o burgueses, las gentes de ese temple hacen posible una sociedad sin leyes y sin autoridad; su palabra vale por su firma, una bondad clarividente extingue sus "derechos" y no deja subsistir más que sus "deberes" para con sus conciudadanos.

La familia poseía también un polo repulsivo: el marido de una hermana de la madre. Materialmente prestó sin duda algunos servicios a los hijos de su cuñada, pero sus consejos eran distintos; la busca de la riqueza y de los honores, admiración de la jerarquía entre los hombres. Después de 1857, los dos mayores, en el destierro, constituían para él "la abominación de la desolación" y éstos luchaban lo mejor que podían contra esa influencia sobre los hermanos y las hermanas. Fué Elías el que mantenía generalmente la correspondencia al respecto, y más de una hermana, maestra en Gran Bretaña o en Alemania, se recordó toda su vida de tal o cual carta en donde él le exponía lo que debía ser la conducta de una vida altruista.

Si los dos mayores tuvieron una influencia innegable sobre el desonvolvimiento de los jóvenes, la recíproca es ciertamente verdadera, pero los detalles son bastante difíciles de discernir. Por orden de progeneración, citemos a Lois (1831-1910): tuvo una existencia muy dura, cuidando de un marido loco que sin embargo se ganaba su vida; su hermano Elías le hacía releer y corregir casi todos los trabajos que que-

ría publicar; numerosas versiones francesas de libros de autores ingleses, sobre todo relatos de viajes, son de su pluma. María (1833-1918) era conocida en su familia por su pie montañés; trepaba por los Alpes como un gamo; se cuenta que a los 75 años hizo un viaje a lomo de camello en el sur tuneciano, se cayó y volvió a subir sobre su bestia sin querer admitir que se había hecho mal. Luísa (1835-1917), es citada algunas veces en estas páginas; fué ella quien editó los dos primeros volúmenes de la Correspondencia.

Zelina (1836-1911) tuvo, de todos los Reclus, la vida más apacible; por otra parte fué casi el único de los hijos que estuvo dotado desde el punto de vista artístico; su marido, Pierre Faure, citado en la Correspondencia, es el tipo de los provincianos honestos que fundaron la Tercera república. Onésimo (1837-1916) fué un sabio espontáneo, como sus hermanos mayores. Lingüista e historiador, se reveló sobre todo como geógrafo, e incluso como el tipo del geógrafo apasionado, del descriptivo entusiasta de Francia y de sus colonias: "El más bello país bajo el cielo". El amor a su país adquirió a veces en él el aire de un verdadero nacionalismo, pero la dominante de su carácter fué la ausencia total de espíritu burgués; tenía horror a las jerarquías entre los hombres; ni rico ni pobre, ni campesino ni hombre de Estado; él los trataba a todos igual. Noemí (1841-1915) es, por decirlo así, la única de los hijos que continuó "confesándose con dios" e imbuída del espíritu de "sacrificio". Voluntariamente pobre, tenía un poder inagotable para ayudar a todo el mundo a su alrededor. Armand (1841-1915), por su espíritu de contradicción hacia sus hermanos mayores, sin duda, es el único que siguió los consejos del tío: oficial de marina, realista y creyente en el dinero, por lo demás gran trabajador, explorador-iniciador del canal de Panamá, fué el primer director-general de los trabajos en el istmo. Juana, nacida en 1845, trabaja aún por la buena causa; la más joven de las hermanas, es la que más entró en la concepción social de sus hermanos mayores; aquélla también que, la única de sus hermanas, puede calificarse de bella, tan profunda es la inteligencia de sus ojos; su marido, Edouard Bouny, fué un buen camarada de sus cuñados, Paul (1847-1914), en fin, el último de esa numerosa familia (mi abuela tuvo 17 partos) es el único que no llegó a los 70 años. Como cirujano llegó a un excelente renombre, especializado en parte en la investigación de los procedimientos operatorios sin dolor. Habiendo vivido varios años en la intimidad de sus hermanos mayores, había comprendido su mentalidad y, muy a menudo, pensaba como ellos. Intervino a fondo en el affaire Dreyfus.

Pero ¿cuál es la acción de la familia comparada a la de la esposa? Los dos hermanos tenían sobre el matrimonio ideas perfectamente idénticas, pero las circunstancias dieron un carácter totalmente diferente a su vida matrimonial. Elías, en el 48, en Ginebra, tenía 21 años; amó, pero se vió víctima de su pobreza. Siete años más tarde, se casó, al volver del destierro, con su prima hermana, Noemí Reclus, siguiendo los ritos civiles. La pareja vivió 49 años y no tiene historia. Mi madre me contó que su prometido le había impuesto "condiciones terribles". No es difícil imaginarse que ante todo se referían a la cuestión religiosa, descartada para siempre, y sobre la voluntad de mi padre de conservar en su corazón su amor ginebrino. Mi padre murió en febrero de 1904 y su mujer 17 meses más tarde.

Eliseo tuvo también, de joven, una aventura amorosa. Preceptor en una familia de los alrededores de



New Orleans, agradó a la hija de la casa, su discípula, y podemos creer que el corazón de Eliseo no fué insensible. Pero su voluntad quebrantó el idilio. ¡No! él no entraría en una familia de propietarios de esclavos y abandonó la Luisiana por la Nueva Granada. Las cartas a su hermano marcan desde entonces el deseo que tiene de casarse al volver a Francia. Incluso se puede pensar que su idea de casarse con la hija de una raza maldita para los Estados Unidos estaba ya fijada. De sus años en Saint-Foy conocía la existencia de una familia Briant. Según la ortografía, ese nombre puede ser francés o inglés, pero se encuentra que una anciana señora de ese nombre educaba dos hijas que un hijo suyo había tenido de una senegalesa, María Yon, que esa dama era americana, hija de un Mr. Schock y de una dama Kennedy. Se puede imaginar, pues, que Mr. Briant, ciudadano de los Estados Unidos, capitán de largo curso, había elegido a Francia como refugio de sus hijos, sabiendo el oprobio que les habría esperado en América, y que su madre se había plegado a ese deseo. En todo caso, fué mi madre la que presentó a Eliseo a los Briant poco tiempo después de su regreso de la Nueva Granada a Francia; el matrimonio con la mayor de las hermanas, Clarisse, fué decidido, pero solo tuvo lugar al año siguiente. Sin duda hubo dificultades religiosas. Yo sé que Eliseo había dicho: "No tendremos hijos mientras no se admita que no habrá bautismo". La joven pareja, casada civilmente, se instaló en París en el mismo departamento que Elías.

Que la voluntad haya tenido parte en la elección que hizo es innegable, pero las virtudes de Clarisse cautivaron el corazón de Eliseo. De una belleza imponente, de una bondad infinita, fué una madre deliciosa y una esposa feliz siempre de prevenir los deseos de su marido. Fué una pareja perfecta, pero de

corta duración. Clarisse fué llevada por una tisis galopante, unos días después de haber dado a luz una hijita que no vivió. Por Magali Regnier y por Jeannie Cuisinier, han salido del matrimonio Eliseo-Clarisse once familias.

Viudo a los 39 años, con dos hijas que educar, Eliseo las confió de inmediato a las hermanas en provincias, pero hacia el 70 se volvió hacia Fanny Lherminez, a quien había conocido de niña en Londres. Al comienzo del verano, sin ceremonia legal, ante algunos parientes y amigos, en el salón de Vascoeuil, Eliseo y Fanny declararon que se casaban, ¿por cuánto tiempo? Algunas semanas más tarde vino la guerra, Fanny salió de París con las muchachas para Sainte-Foy. Al fin del asedio la familia se encontró reunida durante algunos días, después vino la Comuna y la batalla de la llanura de Chatillon, donde Eliseo fué hecho prisionero. En febrero del 72, Eliseo fué conducido a la frontera suiza y la familia se volvió a formar en Lugano; Fanny murió allí en febrero del 74, a consecuencia de los partos, y el hijo no vivió tampoco. Fanny era un tipo del todo diferente de Clarisse; ésta toda corazón, aquélla toda voluntad, o tenía sin duda una gran amplitud de ideas personales, pero su potencia de trabajo era inimaginable y su línea recta inflexible. En muchos dominios, Eliseo y ella encontráronse con sentimientos idénticos; fué la mujer de su cerebro y durante veinte años después de su muerte, una F. está siempre mezclada a la E de la firma Eliseo.

Tenía 44 años a la muerte de Fanny y no trató de reemplazarla. Durante dos años, hizo ensayos poco coronados por el éxito para hallar una "ama de casa" que se ocupase también de las hijas. En pleno trabajo inicial para la Nueva Geografía Universal, debía recibir toda especie de colaboradores, cartógrafos, di-

bujantes, lo que exigía un cierto tren de casa. En una palabra, en Lugano hasta el 74. en la Tour de Peilz y en Vevey y las cosas fueron más mal que bien. Eliseo debió tomar una determinación, y el 76 se asoció a una antigua amiga de la familia (ver Correspondence, 1862, pág. 219, vol. I), viuda de un primo de la madre de los Reclus, Ermance Gonini, viuda Trigant-Beaumot, la cual tenía un hijo de la edad de las hijas de Eliseo. Ermance poseía altas cualidades, principalmente una habilidad manual extraordinaria y un sentido artístico desarrollado. Sus colecciones de algas, de mariposas, sus fotografías (ver el libro de Ishill donde me son atribuidas sin razón) son incomparables. Eliseo se casó con ella en Zurich en casa de Elías, pero la palabra asociación conviene más que la de matrimonio. Ermance era relativamente rica, y para quedar fuera de ese dinero, Eliseo y sus hijas fueron simplemente pensionistas en casa de Ermance; fué ella la que hizo levantar en Clarens la casa donde el matrimonio residió una quincena de años. Ermance fué la colaboradora de Eliseo para gran cantidad de trabajos manuales, le libró de todas las preocupaciones cotidianas, le cuidó durante sus más pequeñas enfermedades, le tranquilizó en cuanto a la educación de sus hijas y recibió cordialmente a todos los amigos, proletarios o burgueses. Pero en ciertos aspectos, Ermance no hizo olvidar ni a Clarisse ni a Fanny. Era de más edad que Eliseo, sus opiniones estaban hechas por decirlo así y formaban la parte opuesta a las de su marido; su falta de entusiasmo adquirió la forma de un escepticismo absoluto y se opuso a los sentimientos más calurosos de Eliseo. Sin embargo, no es sino veinte años después del matrimonio que se produjo la crisis.

En Bruselas, entre las oyentes de su curso, Eliseo encontró una nueva Fanny, un temperamento enérgico, apasionado incluso, una voluntad semejante a la suya, un ardiente espíritu de iniciativa para el bien, Mme. Florencia de Brouckere, dama viuda que educaba a sus hijos. De acuerdo con Eliseo, organizó una escuela de estudios primarios, donde entraron las nietas de Reclus al mismo tiempo que su hijo más joven y algunos otros niños de amigos. Mme. Florencia ayudó a Reclus en alguna circunstancia difícil... Pasaban las vacaciones juntos, en Francia lo más a menudo, y frecuentemente Eliseo iba a descansar a Thourout, entre Brujas y Ostende, donde Mme. Brouckere tenía una casa de campo; fué allí donde murió el 4 de julio de 1905.

Ermance vivió hasta 1918, y Florencia hasta 1927. Elías y Eliseo eran vegetarianos, pero de una manera totalmente diferente. La reflexión había formado la opinión del primero, pero sin embargo no habría querido suscitar dificultades a una comida en casa de amigos, ni causar demasiada pena a mi madre que no creía que se pudiese vivir sin carne. Cerraba los ojos sobre la composición de las sopas y si llegaba la ocasión pedía comer carne sin comentario. Eliseo, al contrario, habiendo tomado una determinación, se mantuvo en ella y descartó todos los obstáculos, al menos después de la muerte de Clarisse. Por otra parte, le bastaba una débil cantidad de alimento; en los últimos años de su vida, en particular, no absorbía la cuarta parte de la ración ordinaria de un hombre de su edad; tres ciruelas, o un poco de leche, e algunos bizcochos constituían para él una cena; un trozo de azúcar le sostenía durante horas. Eliseo ha escrito sobre el vegetarianismo con sus argumentos propios. Elías había estudiado todo lo que los antiguos y los modernos han escrito sobre la cuestión. En Zurich, al bajar la escalera de la Stadt-Bibliothek, fué abordado por un extraño que le preguntó si

encontraría tal libro en la Biblioteca. "No, pero sin duda usted desea documentarse sobre el consumo de carne animal? — Sí. Y bien, entonces tome tal obra, después tal otra". Y en el vestíbulo, Elías le hizo una bibliografía completa sobre la cuestión vegetariana. "Pero dijo el otro, ¿es usted sin duda vegetariano? — Sí, pero yo no tomo la cosa por lo trágico. — ¿Entonces es usted un traidor a sus ideas? Y mi padre, al volver al alojamiento, tuvo el candor de contar la escena de que se sentía corrido.

(Concluye en el próximo número).

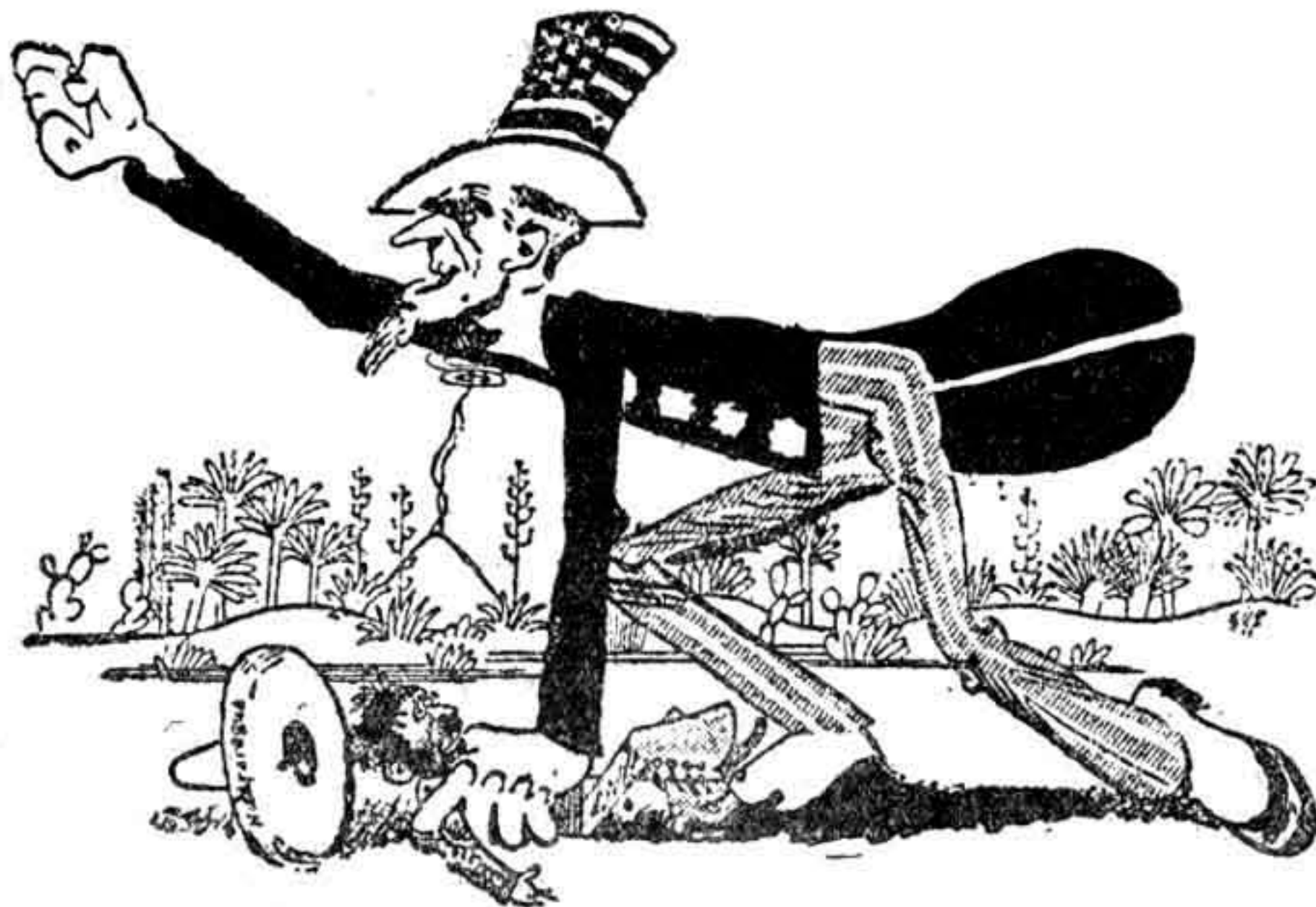
—(o)—

## El cristianismo

El cristianismo ha desempeñado en la vida un papel tristísimo... En el momento en que la humanidad estaba ya sin fuerzas, cuando faltaba poco para que todos los humillados y miserables se dieran cuenta de ello y destruyeran con un potente golpe aquel orden de cosas imposible e injusto y aniquilaran todo lo que vivía de la sangre ajena, en ese momento, precisamente, apareció el cristianismo, suave, dulce, multiprometedor. Condenó la lucha, prometió una dicha interior, trajo un dulce sueño, predicó la doctrina de oponerse al mal por la fuerza, en fin, para decirlo en pocas palabras, quitó a las almas todas sus energías... Aquellos grandes caracteres que, eternamente ofendidos, se educaban para la lucha, iban idiotizados a la arena, y con virilidad digna de mejor suerte, casi con sus propias manos, se arrancaban la piel!... Naturalmente, sus enemigos no podían desear cosa mejor. Y ahora se necesitan siglos, infinitas humillaciones y opresiones para despertar de nuevo la indignación. A la personalidad humana, excesivamente indomable para ser esclava, le puso el cristianismo el sayal del penitente y ocultó bajo él todos los colores del espíritu humano libre... Engañó a los fuertes que podían tocar con sus manos la felicidad y trasladó el centro del peso de su vida al futuro, a una ilusión de lo inexistente, a una cosa que nadie verá nunca... Y toda la belleza de la vida desapareció: pereció la audacia, pereció la pasión libre, pereció la hermosura; quedó sólo el deber y la absurda ilusión de un mundo de oro... De oro para los demás, naturalmente... Sí, el cristianismo ha desempeñado un papel muy malo, y el nombre de Cristo será mucho tiempo todavía una maldición sobre la humanidad...

M. ARTSEBACHEF.

### NICARAGUA Y LA DOCTRINA DE MONROE



¡Que no se mezcle Europa! América sola defenderá su libertad





LUIS BONAFUOX

# HOJAS SECAS

Van apagándose los ecos de las playas, de las montañas, de las estaciones balnearias, de las casas rústicas en donde durmieron la siesta veraniega, entre ruido de hojas y rumor de pájaros, tantas parisienses hermosas y elegantes.

El otoño empieza ingratamente para los artistas y literatos. En pos de Renán y Wilde, Crémieux y Tennyson.

Varios amigos de Héctor Crémieux dicen que el escritor estaba enfermo de tristeza desde que murió su esposa; y otros amigos afirman que la separación de su hija, que lo dejó para casarse, fué la determinante del suicidio.

Lo cierto es que "el *espiritual* colaborador de "Ofenbach", autor de *Geneviève de Brabant*, *Jolie Parfumuse*, etc., se sentó en un sillón y disparó, él sabía por qué, tres tiros de revólver. No dijo nada ni escribió nada con motivo de su suicidio. Ha muerto sin dar explicaciones, a pesar de lo cual no faltará quien las dé por él, después de tener una entrevista con el cadáver.

"¿Se mataría — pregunta un periódico — por haber perdido fuertes sumas de dinero en la catástrofe de *Depots et comptes courants*?" Lo ignoro, aunque Bartrina ha dicho que el que pierde a su padre llora afligido, y el que pierde dinero se pega un tiro.

"¿Se mataría — pregunta otro periódico — porque le molestaran las pequeñas miserias de la vida? ¿pudo tal vez la melancolía tornarse en desesperación? ¿obedeció a un rapto de locura? ¿a un dolor físico?"

¡No lo sé! ¡El muerto no me ha dicho nada todavía!

Antes de suicidarse el señor Crémieux pidió y bebió un vaso de agua azucarada. Eso fué todo lo que hizo. ¡Apurar un poco de azúcar para endulzar la muerte! Se sentó luego, para estar cómodo (supongo yo), montó su revólver, y ¡pin!, ¡pan!, ¡pun!, se dió tres tiros a falta de uno, seguros y a la cabeza, sin avisar a nadie y sin dejar papeles escritos, demostrando al morir, como verdadero artista, un desprecio inmenso por la notoriedad.

...Mirad: en medio del bosque, sobre la rama, la plegada hoja brota del botón a los halagos de acariciadora brisa, tórnase, sin requerir cuidados, larga y verde, bañada por el sol del medio día, nutrida

por el rocío al amoroso alumbrar de la luna; más tarde, amarillenta y abatida, baja flotando a través del aire... Mirad: endulzada por la lumbre del verano la jugosa manzana, harto madura, desgójase en la noche silenciosa del otoño; y la flor que abrió sus pétalos se marchita y muere sin trabajo alguno, sólidamente arraigada al suelo fértil. ¡Cuán dulce mientras nos orea una brisa tibia, apopados en lecro de amaranto, con los párpados medio cerrados, bajo la sagrada bóveda de un cielo mate! ¡Cuán dulce el seguir a lo largo el brillante río que se arrastra perezosamente cuando baja de las colinas teñidas de púrpura, oír repercutir el eco, de caverna en caverna, a través de las espesas viñas entrelazadas, y rodar las aguas por entre trenzadas guirnaldas del divino acanto! ¡Oír y ver solamente un vago centelleo en la lejanía, no escuchar más que suaves rumores, dormir en paz bajo los pinos!..."

¡Duerma en paz el dulce poeta bajo los húmedos pinares de su tierra nebulosa, y pueda en buena hora, libre ya del carácter oficial que le arrancó las odas a la muerte de Wellington y al matrimonio del príncipe de Gales, oír a gusto el ruido de las hojas secas al caer sobre el campo donde reposarán los despojos de su cuerpo!

Taine juzga con una frase el corazón del poeta: "Podíase, en seguida de leer sus versos, oír la reposada voz del patriarca de la familia, que reza la oración de la tarde ante los suyos arrodillados". Como John Keats, y al revés de los más de nuestros vates, Tennyson era un poeta que olía muy bien: a flor del campo.

¡Victor Wilder, Crémieux, Renán... y Tennyson, el gran poeta!... Otoño ingrato. Ha tejido guirnaldas fúnebres sobre las casas de los escritores que se ausentaron en busca de reposo y que fueron sorprendidos por un airazo de invierno anticipado que les arrancó su corona de hojas secas... los hombres tristes, como los pueblos tristes, pasan pronto y sin provecho propio.

París varía, su cielo va tomando el color gris, sucio, de panza de asno; lluvias monótonas y torrenciales caen incesantemente sobre la amarillenta hojarasca que amontonó el aire; y los árboles, temblando de húmedos, se ponen en cueros con poquísima vergüenza. En la avenida de los Campos Elíseos forma el contraste un castaño, que ha florecido nuevamente en un cementerio de árboles.

Pero París no se inmuta ante la muerte de la naturaleza. La ciudad toda es un estallido de aplausos y carcajadas; una orgiástica alegría de vivir. En esta estación, más que en ninguna otra, cuando caen las hojas secas y los artistas marchitos, París es un encanto. Y, sin poderlo remediar, pienso en la aldea. Sus casas son pequeñas y se desparraman al azar; sus bosques son extensos y sombríos; y del uno al otro confin de la comarca, por el monte y la llanura, corre rastreando la hermosa ráfaga del aislamiento y el olvido... ¡Sin poderlo remediar, pienso en la aldea! Ella sufre las impertinencias del verano, y, al igual de la hormiga de la fábula, guarda las economías que hizo trabajando y sufriendo en el buen tiempo.

Ahora, cuando el aire del norte hiela la hoja del árbol y extiende sobre la tierra el ancho sudario del invierno; cuando los pobres, acurrucados en mar-

móreo banco de plazuela, contemplan con envidia la caída de la hoja y la caída de la nieve, con buenas ganas de desaparecer envueltos en ellas, la aldea se divierte y canta.

Sus vecinos hacen de día, entre sorbo y trago de lo tinto, la labor del campo, y al ensombrecerse la tarde, fuertes por el trabajo, animados por el frío, tranquilos de espíritu, sin pasiones ni concupiscencias, se restituyen al hogar, y al amor de la lumbre, cenan con apetito "cualquier cosa", que les sabe a gloria, durmiéndose en seguida y sin asomos de que se les enturbie el sueño, porque no tienen noticia de los trenes, ni de las diligencias, ni del telégrafo, ni del correo; porque pensó en ellos Campoamor cuando dijo:

¡Cuán feliz es el que oye eternamente

El mismo ruido de la misma fuente!...

## TEATRO

### "El juego del amor y de la muerte", de Romain Rolland (París. Teatro Odeón)

Días pasados, en el escenario del Odeón, uno de los mayores teatros de París, se ha representado este interesante drama de R. Rolland: "El juego del amor y de la muerte". Es la primera vez que se ha representado en París; y su extraordinario éxito — el trabajo se ha repetido algunas noches consecutivas — es un signo reconfortante del cambio espiritual del público francés, al menos de aquél público inteligente y culto que se interesa por las obras de arte y literatura, aun cuando eso cueste algún dinero y alguna hora de tiempo.

Hasta hace poco la representación de un trabajo de R. Rolland, el "derrotista" intransigente contra la guerra de 1914-18, no habría sido posible; ningún teatro la habría representado ni la representación se habría desarrollado sin inconvenientes, por causa de la oposición de los nacionalistas. Estos ahora, en cambio, tienen mucha menos voz en el capitulo, al menos en ciertos ambientes. Los sentimientos de humanidad y de libertad, como el ardiente entusiasmo por la revolución, que destilan de toda la obra de Rolland, hacen el éxito de ésta más significativo aún.

Tal vez el argumento del drama no sea ignorado para algunos lectores, porque se ha publicado ya hace un par de años (Albin Michael, París). Pero no estará de más resumirlo.

Este drama forma parte del *Teatro de la revolución*, ciclo de dramas con los cuales Rolland ha querido desde hace cerca de veinticinco años poner en escena los momentos más salientes de la Gran Revolución de 1789-94. Los otros son "Dantón", el "14 de Julio", los "Lobos". Este último, con el título de "El juego del amor y de la muerte", se desarrolla también en el tiempo del Terror, en el momento en que más trágica es la lucha entre los girondinos y los jacobinos; y los primeros, ya derrotados en la Convención, son buscados para el juicio sumario del tribunal revolucionario y para la guillotina.

Vive en París, en la atmósfera inflamada, el hombre de ciencia Courvoisier, diputado a la Convención, amigo de los girondinos, que ve en el Terror un gran mal para la revolución, pero que no obstante, en su honestidad y en su espíritu de justicia, ve los errores de sus amigos y aprecia altamente los servicios que los jacobinos prestan a la revolución y a Francia, especialmente en la lucha contra la reacción en auge y contra la invasión extranjera. Esta posición suya lo hace sospechoso para los jacobinos, que no admiten transacciones entre ellos y los enemigos políticos del otro partido. Aunque de edad avanzada, tiene por mujer a Sofía, una mujer de elevada inteligencia y de corazón, mucho más joven que él,

y la adora. La mujer siente en el secreto de su corazón un puro recuerdo de amor por el girondino Vallée, fuera de la ley y proscrito, a quien ella cree muerto. Pero este está vivo y de golpe se presenta a ella, no obstante perseguirsele despiadadamente, impulsado por la atracción de la mujer amada. Los servidores de esta lo reconocen y se van, asustados por el temor de ser comprometidos. El amor de ambos estalla en el encuentro y se revela en toda su inmensidad dolorosa.

Pero la mujer no quiere traicionar al marido que la ama, y se rehusa a seguir en el destierro al enamorado. Sintiendo que se aproxima alguien, oculta a Vallée en su habitación. Quien llega es Courvoisier, de vuelta de la Convención después del arresto de Dantón. Su alma fué lacerada por el espectáculo inaudito de la revolución que devora a sus hijos. Además, se siente rodeado y sitiado por espías; y nombra uno. Sofía queda aterrorizada, porque el espía estaba presente cuando llegó Vallée, y lo dice al marido. Este se siente contento por volver a ver a Vallée y lo llama.

Pero en Vallée los celos y la irritación política contra Courvoisier, se sobreponen; y estalla en recriminaciones contra la conducta indecisa del viejo convencional. Pero Sofía, que se había alejado, vuelve a advertir que una tropa de gentes armadas está tomando



la calle y las casas próximas en busca de *sospechosos*; pronto llegarán allí. La turbación de la mujer llama la atención del marido, que intuye el amor de los dos jóvenes. Courvoisier hace ocultar al proscrito, mientras llegan los delegados del Comité de Salud Pública, y entre ellos Carnot que hace interrumpir la investigación e invita a Courvoisier a aprobar los decretos contra los proscritos; así se pondrá a salvo de toda sospecha. Pero Courvoisier se rehúsa.

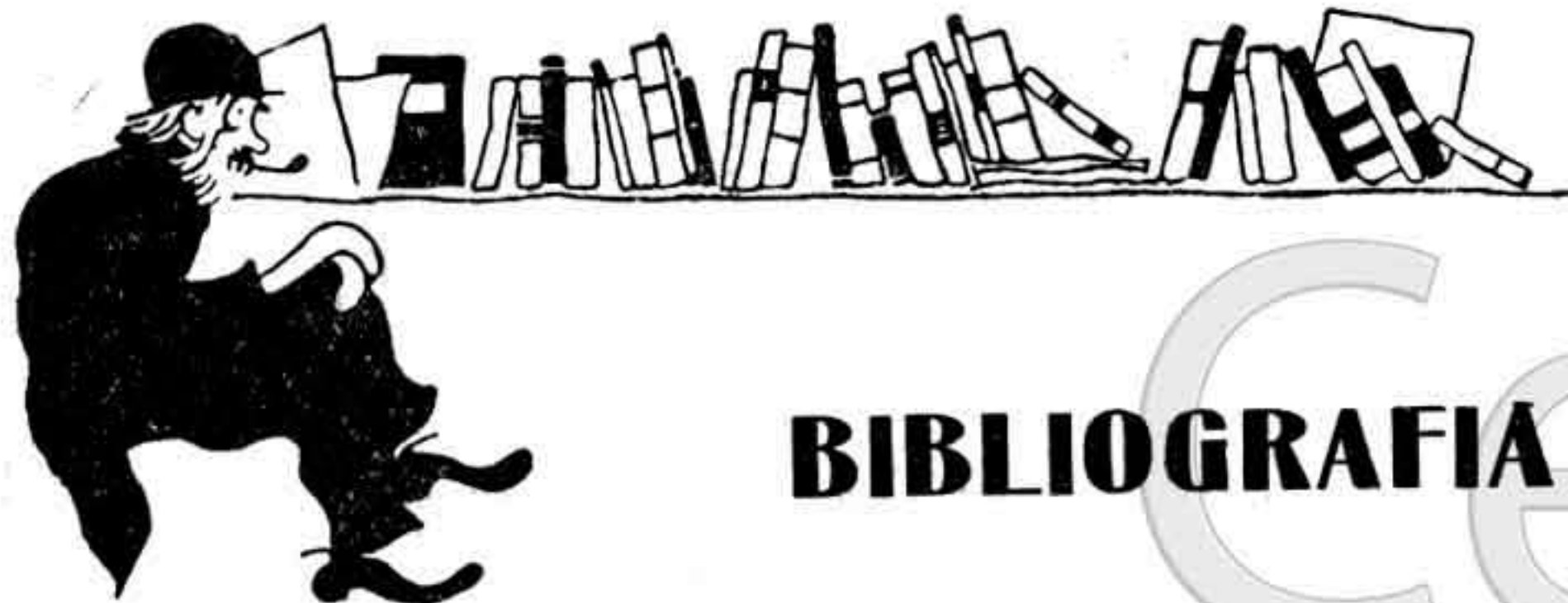
Alejados todos los demás, Carnot, que quiere salvar al hombre de ciencia y al amigo, le ofrece clandestinamente dos pasaportes para que él y su mujer puedan salir de Francia. Courvoisier acepta los pasaportes, pero luego los ofrece a Vallée y a la mujer para que se vayan solos, pretextando que él debe permanecer en el país por su deber, y mostrándo-

se tranquilo y seguro de no ser molestado.

Pero la inteligencia y el corazón de Sofía adivinan la voluntad de sacrificio y la generosidad de su esposo, que lo ha comprendido todo y quiere inmolarse por la felicidad y la seguridad de ella. Y ésta sofoca en sí el egoísmo del amor para obedecer a un deber más alto; deja partir al amante amado y queda con el marido, a quien ahora se siente aproximada por un sentimiento de superior humanidad más fuerte que el amor. Comprende bien que su arresto es inminente, que la condena y la muerte son inevitables. Pero prefiere quedar. El drama acaba con esta visión de la guillotina en perspectiva. Pero el hombre y la mujer, felices por haberse vuelto a encontrar en el mismo espíritu de sacrificio y de nobleza, saborean la dulzura infinita de la

unión indisoluble de sus almas superiores.

No diré nada de la belleza literaria de este magnífico trabajo. No hago aquí más que "crítica teatral". Lo que es bello, sobre todo, es la afirmación de los más altos sentimientos humanos. Lo que conmueve, en el drama, es el contraste de los afectos, hechos enormemente más intensos y contrastantes por la tempestad social que los envuelve y arrolla. Mientras todo cae y se derrumba, el hombre y la mujer sienten que los pocos momentos de vida que les quedan merecen ser vividos satisfaciendo ante todo las exigencias de la propia conciencia moral. En esto consiste la verdadera felicidad humana, dado que el mismo egoísmo queda sublimizado en ella, confundido y envuelto en las exigencias superiores del progreso social. — *Luigi FABRI*.



## BIBLIOGRAFIA

Manuel Buenacasa: *El movimiento obrero español*. 1886-1926. (Historia y crítica). Prólogo de Max Nettlau. Barcelona, 1926. 301 págs. Precio, un peso m/n.

Bellamente impreso, nos ha llegado el libro del compañero Buenacasa, cuya aparición se venía anunciando desde hace algún tiempo en la prensa anarquista de habla española. El libro, precedido de un prólogo interesante de Max Nettlau, está compuesto por dos partes de estructura diferente; en la primera Buenacasa hace un resumen del desarrollo del movimiento obrero revolucionario en España desde 1886 a 1926; en la segunda se reúnen monografías regionales en que colaboraron varios camaradas.

La obra, a nuestro juicio, tiene el doble mérito de reunir una serie de hechos y de referencias personales interesantes para dar una visión de conjunto sobre el moderno movimiento proletario español y hacer comprender la gran importancia que ese tema encierra para el aleccionamiento del proletariado internacional y de España misma.

Hace años que venimos incitan-

do a los compañeros españoles a aprovechar la calma forzosa a que los condenan las condiciones políticas en que están forzados a vivir para una resurrección de la historia del proletariado militante en España mediante investigaciones detalladas. Por desgracia, la mayoría de los compañeros ha demostrado muy poca comprensión para esa serie de estudios. Posiblemente el libro de Buenacasa contribuya a la realización de nuestros deseos, estimulando las monografías de carácter histórico y las investigaciones, a fin de salvar los materiales y las tradiciones que pueden ser salvados y de revivir un pasado rico como pocos en luchas, heroísmos, abnegaciones y enseñanzas.

Max Nettlau ha esclarecido la época de la fundación de la Internacional en España, trabajo que hemos publicado hace unos años, y al cual seguirá un complemento que ilustra en la forma que sabe hacerlo Nettlau el período de 1868 a 1873. ¿Conseguiremos fomentar así los estudios de carácter histórico entre los compañeros españoles? Urales, Soledad Gustavo, A. del Valle y ahora Buenacasa, han hecho algo, mucho si se quiere, en

comparación con lo poco que existía; pero no es bastante. Buenacasa nos habla de Evelio Boal, por ejemplo, en una forma que hace desear una investigación más detenida para revelar mejor ese gran carácter de militante abnegado; y, como Boal, hay muchos que no deben desaparecer de la memoria del movimiento obrero. En un tomo como este no se podía hacer todo, claro está; pero esa constatación debe servir, tanto para Buenacasa como para todos los que comprenden la importancia de esta clase de estudios, de estímulo y de aliciente para continuar el esfuerzo.

Walter Peters: *Entstehung und Wandlung der sittlichen Gefühle* (Desarrollo y transformación de los sentimientos morales). — "Der Syndikalist", Berlín, 1927. 24 pgs. Precio, 0.40 peniques.

F. Linow: *Gewerkschaftsbewegung und Arbeitsrecht* (Movimiento sindical y derecho obrero. Una contribución a los problemas actuales de la política sindical alemana). "Der Syndikalist", Berlín,

1928. 54 págs. en 8.º Precio, 0.80 peniques.

*Segundo Certamen socialista* — Celebrado en Barcelona el día 10 de noviembre de 1889, en el Palacio de Bellas Artes. — 398 págs. en 8.º mayor. Reeditado por la Editorial Vértice, Barcelona, 1927. — Precio, 4 pesetas.

Después de los artículos dedicados por Max Nettlau a los Certámenes socialistas españoles, poner de manifiesto otra vez la importancia histórica y doctrinaria de esta obra, sería incurrir en redundancias inútiles.

Nos basta mencionar la reedición de este libro y felicitar a los autores de la iniciativa, recomendando a nuestros lectores su adquisición.

Es una obra de estudio, un documento histórico y una recopilación de trabajos de propaganda. A cuarenta años de distancia podemos decir que no estamos mucho más allá y que los progresos ideológicos hechos desde entonces no son dignos de mención. Por eso tiene tanta importancia esta obra, que quisiéramos ver en toda biblioteca nuestra.

Sebastián Faure: *Temas subversivos*. Doce conferencias pronunciadas desde el mes de noviembre de 1920 hasta febrero de 1921 en París. Traducción de D. A. de Santillán. Segunda edición; 348 págs. en 8.º — Editorial LA PROTESTA, 1928. Precio, 1.50 \$.

El éxito de la primera edición de este libro, con el cual hemos inaugurado la labor de propaganda y de cultura revolucionaria de la Editorial LA PROTESTA, nos exime de una presentación de estas doce conferencias de S. Faure.

En esta edición se han corregido algunos detalles, todo el material fué revisado nuevamente y el tipo de letra es mayor, de lectura más fácil.

La presentación en general es superior a la de la primera edición.

E. Malatesta: *En tiempo de elecciones* (diálogo). 15 págs. Ed. "La Verdad", Tandil, 1928. Distribución gratuita.

*L'Aurora*, publicación quincenal, Año I N.º 1, 15 de febrero de 1928,

Boston, Mass. (P. O. Box 343, Needham Heights, Mass.).

El ex redactor de "L'Arduata dei Refrattari", edita este nuevo órgano anarquista.

*Orientación Sindical*, órgano del Sindicato de Albañiles y Biseladores. Hemos recibido hasta el número 5 (1 de enero) de esta pequeña publicación de orientación y de estímulo sindical, Guatemala, que nos revela el despertar de un movimiento obrero revolucionario en aquél país.

*Natchalo*, publicación mensual, Sofía (Bulgaria). Recibimos el número 6-7 de esta revista, año II, correspondiente al mes de enero pasado.

"Die Internationale", número 4, febrero de 1928, Berlín, editada por la F. A. U. D.

*Inform-Servo* de la juventud internacional anarquista, N.º 5, enero de 1928. Amsterdam (Holanda) ¡Avante! 2.ª Epoca. N.º 2. Villa Cecilia, Tamps.

Este quincenario, continuación de "Sagitario", que ha sufrido los zarpazos del callismo en su intento de publicación en Monterrey, vuelve a ver la luz en Villa Cecilia. Diríjase toda la correspondencia a Librado Rivera, Apartado II.

## UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto. 0.10 ctvos.  
Suscripción mensual: \$ 2.50.  
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

LA PROTESTA EDITORIAL

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

El número suelto: 0.20 ctvos.  
Suscripción trimestral: 1.50; anual, 5 \$.—

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará.— Solicitenses catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente: calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)



# EDITORIAL "LA PROTESTA"

## HISTORIA

M. Nettleau.—

*Miguel Bakunin, la Internacional y la Anarcha en España* (1868-1873). — 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.  
Encuadernado en tela, \$ 2.50.

*Errico Malatesta, la vida de un anarquista.* — Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—  
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

*Fernand Pelloutier y el sindicalismo*— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

*Johann Most, la vida de un rebelde.*— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

*En Ucrania.* — *La sublevación popular y anarquista* — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Guillaume J.—

*Miguel Bakunin.* — Noticias biográficas. 42 págs., 1924, \$ 0.20.

## FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

*I La Revolución Social en Francia,* tomo primero. Prólogo de M. Nettleau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs., 1924.

*II La revolución social en Francia.*— tomo segundo. prólogo de M. Nettleau. Un vol. de 287 págs., 1925.

*III Consideraciones filosóficas.*— Prólogo de M. Nettleau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio . . . . . \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.

(La serie continúa)

Malatesta Errico.—

*Anarquía.* — 48 págs., 1927, \$ 0.20.

*En el café.*— Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., 1926 \$ 0.30.

Kropotkin P.—

*Conferencias. I.* — *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadernado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

*Cartas a una mujer sobre la anarquía.*

—Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

*Influencias burguesas sobre el anarquismo.* — 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

*Los anarquistas (Estudio y réplica)*— 166 págs., \$ 1.—

## ANTIMILITARISMO

### ANTINACIONALISMO

Bureau Internacional antimilitarista

Protocolo oficial de la conferencia celebrada del 2 al 4 de agosto de 1926 en Berlín. 8 páginas en folio, \$ 0.10.

E. Nido, R. Rocker y Nemo.—

*Nacionalismo y anarquismo.*—64 págs., 1927, \$ 0.20.

### UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

*Mi comunismo (La felicidad universal).* — Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 2.  
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

*El Humanisferio.* — Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettleau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

### FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

*A mi hermano el campesino.* — \$ 0.10.

Crusao Juan.—

*Carta Gaucha.* — 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

*La jornada de seis horas.* — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 páginas, 1926, \$ 0.10.

Rudolf Rocker.—

*La maldición del practicismo.* — 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

*La Ucrania revolucionaria.* (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

*A los jóvenes.* — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Faure S.—

*La falsa redención.* — \$ 0.10  
*La dictadura de la burguesía.* — \$ 0.10  
*La patria de los ricos.* — \$ 0.10.  
*La podredumbre parlamentaria.*—\$ 0.10  
*La moral oficial y... la otra.* \$ 0.10  
*La mujer.* — \$ 0.10

Radowitzky S.—

*La voz de mi conciencia.* — 16 págs., \$ 0.10.

### VARIOS

*Certamen Internacional de "La Protesta".* — 160 págs. 4.º, 1927, encuadernado en tela, \$ 2.—

"TEMAS SUBVERSIVOS"

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50